



*Cuaderno de
discusión
Popular No. 8*

ESTRATEGIAS DE SUPERVIVENCIA EN LA COMUNIDAD ANDINA

centro andino de acción popular

JUN 1978

HOTE

SHOPPING

J. SANCHEZ PARGA

MANUEL CHIRIBOGA

GALO RAMON A

J. SANCHEZ-PARGA

ANDRES GUERRERO

J. DURSTON / A. CRIVELLI

ESTRATEGIAS DE SUPERVIVENCIA EN LA COMUNIDAD ANDINA

quito-ecuador

1984

BIBLIOTECA - FOLIO 10

1.200 Ejemplares
Impreso en Talleres CAAP
1a. Edición, 1984
Quito - Ecuador

 **caap**
centro andino de acción popular

PRESENTACION	
Francisco Rhon Dávila	7
ESTRATEGIAS DE SUPERVIVENCIA	
J. Sánchez—Parga	9
La Estrategia de Supervivencia en la Comunidad Andina	11
Acceso a la tierra y estructura productiva	15
La Reciprocidad	22
El Mercado	25
La Migración	30
La Dieta	36
La Salud	40
La Cultura	44
Estrategia Política	46
La Comunidad	50
Desarrollo rural y estrategias de supervivencia	52
Conclusión	57
CAMPESINADO ANDINO Y ESTRATEGIAS DE EMPLEO: EL CASO SALCEDO	
Manuel Chiriboga	
I. INTRODUCCION	59
II. EL ANALISIS DEL EMPLEO EN LAS UNIDADES CAMPE- SINAS	61
Las Unidades Campesinas: Algunas Precisiones Conceptuales y la Problemática de Empleo	64
Las Diversas Modalidades de la Migración	70
Los Mercados Locales de Trabajo	74
Cambio Tecnológico y Empleo	75

III. PRECISIONES METODOLOGICAS Y ESTADISTICAS	77
IV. CAMPESINADO Y ESTRATEGIAS DE EMPLEO EN SALCEDO	81
Distribución y uso de la Tierra en el Cantón Salcedo	82
Estacionalidad de la Producción Agrícola en Salcedo	85
LOS CAMPESINOS Y LA TIERRA EN SALCEDO	88
Subzona Oriental	88
Subzona Occidental	91
Subzona Central	93
Las Familias Campesinas en Salcedo	94
Recursos, Fuerza de Trabajo Familiar y Empleo en Salcedo	97
a) Migración total según disponibilidad de Tierra por Miembro de Familia	99
b) La Migración Temporal y la venta de la Fuerza de Trabajo	102
La Migración Permanente en Salcedo	106
Migración Temporal en Salcedo	109
Migración Temporal y Papel de la Mujer Campesina	114
CONCLUSIONES FINALES	116

EL COMPORTAMIENTO DE LAS COMUNIDADES DE CANGAHUA FRENTE A LOS RIESGOS AGRICOLAS **125**
Galo Ramón V.

I. INTRODUCCION	
II. ECOLOGIA Y RIESGOS AGRICOLAS EN CANGAHUA	126
La Pluviosidad	130
Los Vientos	132
Las Heladas	
Las Granizadas	133
Suelos	
Los sistemas agrícolas	
III. DESCRIPCION DE LA GRANIZADA	135
IV. SINTESIS DE LAS RESPUESTAS COMUNITARIAS	139
a) El por qué de la granizada	
b) Los daños ocasionados por la granizada	143
c) Respuestas familiares a la granizada	145
d) Las respuestas comunales	152

ESTRUCTURAS ESPACIALES DEL PARENTESCO EN LOS ANDES: SALAMALAG CHICO

José Sánchez—Parga 154

El parentesco en la Comunidad Andina	
Salamalag Chico: Endogamia y Matrimonio	158
Parentesco y tenencia de la tierra	164
Parentesco y acceso a la tierra	177
Espacio y parentesco andinos	182
Del parentesco al compadrazgo	185
Las estrategias del compadrazgo	190
El clientelismo	196
Nota etnográfica sobre el compadrazgo	200

ANEXO 203

NOTAS 207

BIBLIOGRAFIA 210

ESTRATEGIAS CAMPESINAS INDIGENAS DE REPRODUCCION: DE APEGADO A HUASIPUNGUERO (CAYAMBE—ECUADOR)

Andrés Guerrero

I INTRODUCCION 217

II LA HACIENDA HUASIPUNGUERA 219

La comunidad huasipunguera: apegados y huasipungueros	221
Configuraciones del grupo huasipungo	223
Fase apegado y fase huasipungo del ciclo familiar	225

III La fase apegado: una forma de circulación distribución 236

Ciclo vital y desequilibrios demográficos	237
a. El grupo huasipungo ampliado	242
b. Estatuto social y circulación distribución de energía vital	248

IV De forma de circulación a estrategia individual de reproducción 251

Notas 253

DIFERENCIACION CAMPESINA EN LA SIERRA ECUATORIANA: ANALISIS ESTADISTICO DE CINCO COMUNIDADES EN COTOPAXI Y CHIMBORAZO

J. Durston / A. Crivelli

I.	INTRODUCCION	257
II.	DIFERENCIACION DEMOGRAFICA Y DIFERENCIACION SOCIAL	258
III.	MEDICION DE DIFERENCIACION CAMPESINA EN PERU Y ECUADOR	260
IV.	CARACTERISTICAS BASICAS DE LA MUESTRA	261
V.	EL CICLO DE VIDA DE LA FAMILIA CAMPESINA Y EL PROCESO DE DIFERENCIACION DEMOGRAFICA	267
	1. Indicadores demográficos del ciclo de vida	267
	2. Diferenciación demográfica en la tenencia de la tierra	270
	3. El trabajo asalariado ocasional factor de diferenciación demográfica	276
VI.	CONDICIONES Y CASOS DE DIFERENCIACION SOCIAL	280
	1. Diferenciación social por proletarización	280
	2. Diferenciación social por acumulación de tierra	282
	3. Acumulación sin tierra	283
VII.	TECNOLOGIA, ACTORES SOCIALES Y DIFERENCIACION	285
	1. Tecnología y capital en la subsunción del campesinado	286
	2. Factores que frenan la diferenciación social	286
	3. Perspectivas de diferenciación social a mediano plazo	287

“ESTRATEGIAS DE SUPERVIVENCIA”

José Sánchez Parga

El concepto de “estrategias de supervivencia” ha sido específicamente empleado, si no originariamente producido, en el terreno de la ciencia biológica, y muy concretamente del marco del evolucionismo; su traslado al sociológico, que parecería justificado por la tradicional analogía con que se han relacionado ambas ciencias, tendrá que estar sujeto necesariamente a una cierta reconceptualización propia de un nuevo encuadre teórico. En el núcleo del concepto de “estrategias de supervivencia” encontramos la relación dialéctica, o el juego de adaptaciones, entre el sistema u organización social de un grupo y el medio ambiente. Dicha relación se refiere por una parte a la naturaleza de los comportamientos tradicionales y posibles del grupo y a la estructura del horizonte abierto a estos comportamientos, lo que define de manera amplia el sistema de sus recursos; por otro lado, el medio en su calidad de producto social, no como algo dado, filtra toda una gama de recursos y adaptaciones ventajosas y desventajosas, que imprime su sello a los factores sociales de una estructura particular, para asegurar su coordinación con El, y hacer apto al grupo para sobrevivir y reproducirse en su seno.

La trasladación del concepto de “estrategias de supervivencia” al plano social supone pasar del universo de las especies, de la evolución genética, al de la historia y la cultura, de la economía política, y consiguientemente entender el medio no en términos físicos, de biotopos, sino ecológicos y también sociales, ya que cualquier gru-

po humano por muy delimitado que tenga su propia territorialidad, ésta se encuentra siempre referida o en relación con los grupos circundantes. Este factor, como veremos, tanto más pertinente en el análisis de aquellas sociedades históricas que se encuentran ligadas por una dependencia, alianza o conflicto, con otros pueblos, es determinante para comprender aquellos grupos sociales inscritos dentro del territorio y la hegemonía de sociedades nacionales.

Según esto podemos entender por “estrategias de supervivencia” el sistema de comportamientos y prácticas productivas y sociales, tendientes a asegurar aquellas condiciones de existencia que permiten no sólo la reproducción simple de un grupo como tal, sino también la de sus características particulares, que al mismo tiempo que lo especifican constituyen un elemento de su integridad y cohesión sociales, lo que contribuye a reforzar la dinámica de sus estrategias.

El concepto de estrategias de supervivencia deberá a su vez ser determinado dentro de cada formación social y de acuerdo al tipo de articulación o relación que los determinados grupos o sectores sociales poseen al interior de dicha FES. No basta pues definir un concepto para obtener la total comprensión de su realidad objetiva; es necesario integrarlo dentro de ese marco teórico general y del sistema de aquellos otros conceptos en relación a los cuales adquiere una racionalidad más plena y explícita. En este sentido trataremos de analizar las estrategias de supervivencia de la comunidad andina dentro de lo que consideramos una teoría de dichos grupos campesinos y de los procesos que los articulan al modo de producción capitalista dentro de la formación social ecuatoriana.

“El concepto de “estrategias de supervivencia” ha sido objeto de una serie de precisiones teóricas recientes por O. ARGUELLO, “Estrategias de supervivencia: un concepto en busca de su contenido”; SAENZ, A. y DI PAULA, J.. “Precisiones teórico—metodológicas sobre la noción de estrategias de supervivencia”; RODRIGUEZ, D. “Discusiones en torno al concepto de estrategias de supervivencia”, trabajos todos publicados en **Demografía y Economía**, El Colegio de México, 1981, vol. XV, n. 2 (46), y discutidos por IDA RAICHTALER. “El papel de la mujer en la estrategia de supervivencia popular”, Tesis de FLACSO, mimeo, Quito 1982, p. 18—24, a partir de la definición de ARGUELLO, “. . . definir provisoriamente las estrategias de supervivencia como el conjunto de acciones económicas, sociales y culturales y demográficas que

realizan los estratos poblacionales que no poseen medios de producción suficientes ni se incorporan plenamente al mercado de trabajo, por lo que no obtienen de los mismos sus ingresos regulares para mantener su existencia en el nivel socialmente determinado, dadas las insuficiencias estructurales del estilo de desarrollo dominante". (o. cit., p. 19s.)

Dos factores, o si se quiere una doble dinámica, intervienen y organizan desde su interior lo que hemos definido como las estrategias de supervivencia de un grupo social: la tradición o el universo de experiencias acumuladas, que contribuyen la especificidad cultural de una sociedad, y en donde se cifran las condiciones de su resistencia a permanecer como tal; y, por otro lado, su capacidad de cambio y adaptación a las nuevas condiciones históricas y de su medio. Dicha capacidad se puede medir por los mismos recursos socio-culturales para superar o enfrentar las circunstancias presentes, desprenderse del pasado y proyectarse hacia el futuro con opciones viables y propias.

Metodológicamente, y para superar la tentación descriptiva de las diferentes estrategias de supervivencia, una simple enumeración de ellas, es preciso comprenderlas a partir de la misma estructura social del grupo; desde el punto de vista de su importancia, por las características de dicho grupo y por su tradicional forma de producir sus bienes de subsistencia, habrá que distinguir aquel recurso principal (o recursos principales), que constituye el núcleo en torno al cual se ordena su actividad y organización, y en definitiva toda su cultura, y los otros recursos circunstanciales o complementarios, a los que el grupo accede de manera ocasional y según las exigencias.

De acuerdo a esto, el concepto de estrategias de supervivencia podrá situarse dentro del marco teórico de modo de producción, y de formación económico social, pero su comprensión hace más bien referencia al sistema de prácticas y comportamientos que un grupo adopta en una determinada circunstancia histórica, y en el que actúan los componentes tradicionales de su cultura.

La estrategia de supervivencia en la comunidad andina.-

Una cuestión preliminar se plantea sobre la pertinencia de referirnos a las "estrategias de supervivencia" de la comunidad andina.

Por qué este enfoque de la actual comunidad campesina serrana? El interés de tal cuestión no es sólo actual; tiene una dimensión histórica, y ya Guaman Poma de Ayala la fórmula en términos patéticos como estribillo constante de toda su obra.

Desde hace casi seis siglos las comunidades campesinas de los Andes se han visto sujetas a las sucesivas dominaciones de los Incas, de la colonización española y de las sociedades nacionales surgidas de la independencia. Bajo los diferentes regímenes de dominación económico política las comunidades andinas han sobrevivido conservando sus formas productivas y organizativas, su tecnología, su ritualidad, su lengua y costumbres, y en definitiva toda una cultura, que además de identificarlos y especificarlos como grupo social, étnicamente diferenciado, los ha mantenido relativamente al margen de la integración a la sociedad nacional. Esta capacidad de resistencia como grupo diferente no se ha logrado sino gracias a una gran capacidad de adaptación; sin que ello dejara de implicar profundas transformaciones tanto en las condiciones productivas como en la estructuración social de la comunidad andina. La hacienda, en época todavía reciente, ha dejado huellas profundas, contribuyendo a congestionar el espacio de supervivencia de la comunidad, al mismo tiempo que ha fracturado muchas de sus formas organizativas y relaciones sociales. A su vez, el desarrollo del sistema capitalista nacional en la actualidad, y una simultánea modernización del Estado, tienden a acelerar la integración económica y política de los grupos andinos a la sociedad nacional, al mismo tiempo que inducen la diferenciación al interior de las comunidades, agravando los procesos de aculturación.

Por estas razones, dadas las condiciones de subordinación y dominación políticas y económicas en las que actualmente se encuentra la comunidad andina, es pertinente y resulta hasta obligado considerar cómo desde su forma de producción, lo que definíamos más arriba como economía campesina comunera, hasta el sistema de sus otras prácticas sociales, rituales y simbólicas, operan en la perspectiva de la supervivencia: tanto su tecnología y sus formas de integración al modelo capitalista como sus mismas peculiaridades de aculturación se encuentran marcadas por la necesidad de mantener una identidad en los mismos procesos de cambio y de adaptación.

Es en esta perspectiva que cabe preguntarse por las estrategias de supervivencia de la comunidad andina, en las que están involucradas no sólo aquellas condiciones productivas que tienden a asegurar su reproducción simple, sino también todos los componentes de la estructura social del grupo, y que comprenderían desde la misma organización del parentesco hasta los mismos comportamientos campesinos frente a los riesgos agrícolas, pasando por los aspectos más ideológicos de su cultura.

Como ningún grupo social, tampoco la comunidad andina escoge sus estrategias de supervivencia; hay una racionalidad de la propia supervivencia dada y configurada desde los orígenes o raíces históricas de la constitución de los grupos andinos, y que se fundamenta en aquel elemento que ha determinado sus formas de producir y de organizarse socialmente; y que es precisamente lo que, mientras el grupo subsista, irá diseñado a la lógica de sus estrategias.

Así como hay pueblos de la canoa —los Trobriand de Molinowski—, y pueblos del río —los nilotas africanos—, y pueblos de la flecha —los guaraníes, los andinos son pueblos de la tierra y más específicamente pueblos de la altura. Si los grupos andinos ocupan un lugar en la historia universal de la cultura es porque su particularidad ecológica, su manejo latitudinal de la tierra, les ha permitido u obligado junto con la asimilación de recursos complementarios, el desarrollo de una estructura social, de un universo cultural y simbólico, cuyas específicas particularidades debían responder al “desafío andino”.

Ha sido sin duda, entre otras razones, la particularidad ecológica de las alturas lo que ha preservado a las sociedades andinas de una forma de ocupación de su espacio vital y productivo que acarrearía un despojo definitivo de su ancestral territorio y su consiguiente destrucción como grupo étnico. La dominación de los colonizadores españoles y de la nacionalidad mestiza nunca logró un asentamiento estable e inmediato de la ecología de altura de los Andes; lo que por otra parte les impidió eliminar a los grupos indentificados con dicho medio.

La tierra en su dimensión altitudinal, con su doble paradigma de arriba y abajo, ha constituido el foco productivo y simbólico que ha dinamizado y sigue dinamizando la supervivencia de los

grupos andinos. Si la tierra ha sido no solo el tonuo y reserva nutritivos, base económica y **pachamama** ritual, sino también industria de conocimientos y tecnología, y objeto político de todas las movilizaciones campesinas en los Andes, la tierra sigue siendo el principio dinámico y organizativo que regula las estrategias productivas de la comunidad.

Abordar las estrategias de supervivencia de la comunidad, supone tomar en cuenta aquellas formas tradicionales que han sido las propias de los grupos andinos, en las cuales se sigue reflejando la relación con su ecología, y las impuestas por los procesos históricos que han mantenido a las comunidades andinas subordinadas a los sucesivos y diferentes modelos de dominación. Y en este sentido, dentro del concepto de estrategias de supervivencia será preciso comprender la doble tensión, y también conflicto, entre la **resistencia** y las **adaptaciones**. Estas, sin embargo, y los cambios que acarrearán en la comunidad andina, de ninguna manera deberán ser tipificados en su fenomenología o en su función, y partir de un universo conceptual ajeno al que define la racionalidad andina. Veremos como la idea de tecnología, migración o salud, entre otras, poseen connotaciones muy particulares referidas a la comunidad andina.

Por esto mismo trataremos de mostrar, aunque de manera sucinta, y aun a costa de la brevedad de los análisis y descripciones, cómo las estrategias de supervivencia de la comunidad andina no se resuelven en un conjunto de prácticas y comportamientos, sino que forman parte de todo un sistema, que responde a la misma estructura del grupo y a una lógica de su funcionamiento.

Metodológicamente iremos considerando las diferentes estructuras particulares de la comunidad andina (estructura productiva y de salud, estructura política y ritual), los diferentes elementos que las componen y su estrecha relación y homología; en cada uno de los aspectos tratados se irá analizando cómo en las actuales condiciones y situación histórica, y ante las contingencias, dificultades y problemas que amenazan u obstaculizan su supervivencia, la comunidad andina va adoptando un sistema de estrategias, de nuevos comportamientos y prácticas, reacomodación a veces de los tradicionales, o generando diferentes contenidos para las antiguas formas.

Este método, que responde a un criterio y procedimiento expositivos, plantea una dificultad no fácil de salvar en este estudio, que se limita a ser introductorio, y que es el de aislar en cierto modo las distintas instituciones sociales, estructuras o prácticas particulares del grupo, cuando en realidad éste funciona como un todo organizado. dentro del cual cada una de las estructuras desempeña múltiples funciones. La familia, por ejemplo, como tratamos de indicar en uno de los capítulos posteriores, constituye una unidad de producción y de reproducción, y las relaciones de parentesco y las alianzas matrimoniales representan al mismo tiempo relaciones y estrategias productivas. Por esta razón, y en la medida posible, trataremos de mostrar cómo las distintas estrategias se relacionan entre sí en una sola racionalidad: la de la supervivencia del grupo.

Acceso a la tierra y estructura productiva.-

El acceso a la tierra y las condiciones productivas de la comunidad andina se han visto doblemente reducidos, a lo largo de los sucesivos procesos de dominación, en extensión y calidad, y en los términos que denominábamos latitudinales de un control de diferentes ecologías. Mientras que las comunidades de altura, sobre los 3.200 m.s.n.m. todavía conservan en propiedad páramos comunales y la extensión de la UPA (unidad de producción agrícola o parcela doméstica) puede ser superior en promedio a una o dos hectáreas, las comunidades maiceras (a diferencia de las anteriores que pueden ser consideradas paperas) carecen de páramos o tierras comunales por lo general, y la extensión de la parcela familiar es inferior a la hectárea. En ambos casos, y sobre todo en el primero, la calidad de las tierras acusa un progresivo deterioro a causa de la erosión o de la presión productiva que se ejerce sobre ella; ya sea ésto por falta de la extensión requerida para seguir aplicando una tradicional rotación y barbecho, o por las exigencias de una mayor productividad consecuente de la articulación de la agricultura al mercado, y de la introducción de tecnología química. A esta situación se añade el crecimiento demográfico de las comunidades, que tiene por efecto una minifundización de las parcelas familiares por sucesivos repartos; y allí donde quedan los páramos y tierras comunales

les se ejerce una presión sobre ellos para extender la frontera agrícola o por parte de la comunidad o por parte de las familias sin tierra.

El problema de la falta de tierra, causa desencadenante de las otras limitaciones, tiende a ser resuelto por procedimientos diferentes tanto por la comunidad en su conjunto como por las familias en particular.

Respecto a los páramos y tierras comunales, los Cabildos adoptan dos estrategias alternativas, que dependen del peso político que puede tener una opción comunal —o de grupos interesados en la preservación de terrenos de usufructo colectivo—, o la presión que ejercen las familias sin tierra para un reparto de la propiedad comunal. La primera alternativa tiene como consecuencia la desaparición a un plazo más o menos corto de la producción pecuaria de la comunidad, lo que no dejará de afectar las condiciones de supervivencia comunera, ya que los ovinos constituyen el capital de reserva y un rubro complementario importante de la economía campesina. Por otra parte, esta alternativa, si bien resuelve de manera inmediata la necesidad de tierra de buen número de familias, el problema fundamental de su falta quedará únicamente postergado hasta el momento en que una nueva generación, con el crecimiento de las familias y de la comunidad, vuelva a plantearlo con nuevas exigencias. Entonces, muy probablemente, la reivindicación por la tierra rebasará la escena política de la comuna. La liquidación, en fin, de las tierras comunales elimina un espacio importante de las prácticas colectivas, de cooperación y solidaridad comuneras, y despoja al Cabildo de una instancia de gestión política no poco importante tanto al interior de la comunidad como en sus posibilidades intercomunales.

En aquellas comunidades en cambio, donde se mantiene la reserva de tierras comunales o donde éstas no han existido desde tiempos muy anteriores, a la unidad doméstica campesina no le quedan más que dos soluciones: redistribuir las parcelas familiares o su acceso a ellas entre sus diferentes miembros e incrementar la productividad de la tierra de cultivo. La primera estrategia puede adoptar formas muy variadas, que llegan desde la división sucesiva de las parcelas hasta el mantenimiento de la integridad y extensión de éstas, pero permitiendo que diferentes unidades do-

mésticas del mismo núcleo familiar compartan el acceso a ellas (1).

En otros casos, particularmente en comunas maiceras, donde ya la extensión de la parcela familiar es pequeña, y donde las mismas características ecológicas y calidad de los suelos lo permiten, se opta más bien por aumentar la productividad del suelo, recurriendo a una intensificación de los ciclos de cultivos o a una tecnología convencional de un rendimiento supuestamente más eficaz e inmediato.

La reducción del recurso tierra ha afectado sustancialmente una de las características más peculiares del modo de producción andino: el control de diferentes pisos ecológicos que aseguraban una diversificación de cultivos y una complementariedad de los recursos agrícolas. Frente a esta limitación el campesinado comunero ha logrado introducir dentro del mismo espacio comunal (y en ocasiones en comunidades vecinas, donde mantiene relaciones de parentesco o afinidad), una diversificación de su propiedad disponiendo de pequeñas parcelas en diferentes lugares de la comuna. De esta manera puede beneficiarse de microclimas, "nichos ecológicos", y diferente calidad de suelos, lo que le permite tanto una cierta diversificación de los cultivos como un mejor modo de afrontar los riesgos agrícolas (2).

Las UPA menores de 1 ha. reflejan la situación de los grupos comunales precaristas cuyas condiciones de supervivencia se sitúan fuera de sus propias parcelas; por esta razón el porcentaje de familias que tienen más de una parcela es relativamente muy reducido, y oscila entre un 30 o/o y 45 o/o en Tungurahua: 15 o/o en Bolívar y Cotopaxi. En cambio en las UPA que disponen de una propiedad de tierra entre 1 y 5 has. y para quienes el trabajo en la propia tierra es la base de su subsistencia, el control de diferentes parcelas es proporcionalmente mayor: más del 70 o/o en Tungurahua, del 60 o/o en Bolívar y del 20 o/o en Cotopaxi.

Este manejo de microecologías puede darse tanto en parcelas propias al interior de la misma comunidad como en comunas vecinas, o bien combinando el acceso a las parcelas propias, que se en-

- (1) Esta estrategia aparece descrita más detalladamente en **Estructuras espaciales del parentesco: Salamalag Chico**.
- (2) Cfr el capítulo de Galo Ramón sobre **El comportamiento campesino frente a los riesgos agrícolas**.

cuentran en un nicho o nivel ecológico con un acceso en forma de “partidario” de parcelas familiares o de otros comuneros.

La dificultad de acceso a la tierra ha impuesto a los campesinos modalidades precaristas de producción, estableciendo relaciones de “arrimado” o de “partidario”, ya sea con familiares o con propietarios que disponen de mayor extensión de tierras, pertenezcan éstos a su comuna o a comunas vecinas. En condición de “arrimados” se encuentran hijos casados, que, viviendo en la casa de sus padres o suegros o con un habitat independiente siguen cultivando en parcelas de aquellos; las cuales son a veces compartidas con hermanos o cuñados que se encuentran en la misma condición de unidades domésticas sin parcela propia.

La relación “al partir” se establece de preferencia con parientes o afines, entre campesinos que cultivan las tierras de propietarios, los cuales o por disponer de bastante extensión o por carecer de fuerza de trabajo suficiente en su propia UPA para trabajar sus parcelas comparten la producción con sus “partidarios”; éstos reciben la mitad de la cosecha o una proporción convenida a cambio de su fuerza de trabajo (invertida en la totalidad o en una parte de las tareas agrícolas requeridas). La situación de “arrimado” tiene la ventaja de acumular FT en un núcleo familiar cuando la extensión de las parcelas necesita de ella, o al menos es capaz de asimilarla; el “arrimado” llega a constituir una unidad productiva con la unidad doméstica a la que se arrima, pero rara vez una misma unidad de consumo; por ello muchas veces el arrimado deberá mantener también relaciones “al partir” para cubrir sus necesidades de subsistencia.

En comunidades de zona maicera se da una modalidad en la que se combina la relación de “partidario” con la de “arriendo”, aunque por lo general se trata de una fórmula de transición, que se generaliza y tiende a fijarse cuando el propietario deja de vivir en la comuna para emigrar definitivamente a centros urbanos. Mientras que las relaciones de “arrimado” tienen lugar dentro de la misma comuna y aun del grupo de parentesco, las de “partidario” se dan tanto en la propia comuna como en las vecinas; en cambio el “arriendo” tiene lugar por lo general con propietarios de los centros parroquiales.

Que las relaciones sociales de producción tradicionales en la

comunidad andina, incluso en su modalidad precarista, se den preferentemente dentro de los círculos familiares, de parentesco o afinidad, manifiesta que en muchos casos se trata de "formas forzadas de reciprocidad" y solidaridad, donde el aspecto social o familiar de la relación viene a compensar los términos estrictamente productivos o contractuales de ella. Se puede decir que en ocasiones el recurso a la ayuda no es absolutamente necesario e imprescindible, pero contribuye a mantener lazos familiares y solidarios, que en otro caso, y en las actuales circunstancias de privatización tendencial de la producción agrícola, se disolverían rápidamente.

La escasez de tierra y la adopción de relaciones precarias para acceder a ella ha introducido algunos cambios en los comportamientos productivos del campesinado andino: unos se refieren a los modelos de cultivos tradicionales, y otros a la tecnología empleada.

En parte porque la degradación de los suelos ha propiciado el aumento de las plagas, y en parte por una mayor articulación de la economía campesina al mercado, los productos tradicionales de la papa (en las comunidades altas) y del maíz (en las bajas) ha ido cediendo progresivamente extensiones cultivadas a la cebada y cebolla en una zona, y a las lentejas, arvejas y legumbres en la otra. Simultáneamente se van perdiendo los otros cultivos tradicionales de los Andes, como la quinua, oca, chocho, melloco . . . Al privilegiar el destino mercantil de su producción agrícola en detrimento del autoconsumo, el campesinado se hace más dependiente del mismo mercado para asegurar su supervivencia, modificando consiguientemente sus tradicionales patrones nutritivos, lo que inevitablemente parece haber afectado, como se verá más adelante, sus condiciones de salud.

A pesar de esta tendencia, el campesinado comunero sigue manteniendo una cierta diversificación en su producción agrícola, y maneja el fondo de reserva de los granos, el producto de más larga y mejor conservación, para mantener un juego de equilibrio entre la política de precios que impone el mercado y las necesidades del autoconsumo.

Dentro de las nuevas estrategias productivas exigidas tanto por los requerimientos del mercado como por la necesidad de asegurar el autoconsumo, y también para sortear los riesgos agrícolas, el

campesinado recurre a un hábil manejo de ciclos productivos, combinando aquellos que tienen un ciclo anual con los de ciclo corto. El manejo de varios ciclos de cultivo, que implican una optimización de la fuerza de trabajo disponible dentro de la familia, se encuentra a su vez regulado por el sistema de asociaciones y rotaciones propio de la racionalidad tecnológica andina.

Por lo que se refiere a la **tecnología** el campesinado indígena de la Sierra se encuentra en una situación intermedia entre la persistencia de su tecnología tradicional y la adaptación de algunos componentes de la tecnología convencional. Es importante esta matización, ya que precisa cómo la racionalidad de la tecnología andina que todavía perdura, incapaz de asumir todo el paquete o estructura tecnológicas industriales puede sin embargo integrar ciertos elementos, que sin ser desarticuladores de su tradicional comportamiento productivo, contribuyen a subsanar sus limitaciones actuales, limitaciones de carácter extrínseco, y debidas a los procesos operados sobre el espacio productivo. Además de la resistencia a la tecnología convencional por razones culturales, el campesinado andino no se encuentra en condiciones económicas para adoptarla sino en algunos de sus rubros.

Descartada la mecanización de la agricultura, a no ser de manera muy restringida u ocasional, por las razones económicas de su elevado costo, tres son en las comunidades los elementos que han logrado introducirse de manera aun limitada (en volumen y regularidad) en la agricultura comunera: insecticidas, abonos y semillas según un orden de prioridad. Si la adquisición de estos tres componentes tecnológicos enfrenta un mismo obstáculo, el de su costo económico, el empleo de cada uno de ellos presenta una dificultad particular: aunque lo más usado sea el insecticida (‘remedio para las plantas’), el campesino no está familiarizado con las dosis y formas de su aplicación, teme además el efecto nocivo sobre el fruto y desconfía de su eficacia a la larga (que dañe los suelos); respecto al abono químico el campesinado andino maneja una concepción tradicional de fertilidad y de los procesos de refertilización de la tierra, que hacen innecesario o supérfluo el uso de aquel; por lo que se refiere a las nuevas semillas (“qué no más serán” se pregunta el campesino), la ignorancia y reserva campesinas harán difícil la iniciativa de su adopción.

El problema de las semillas es complejo, ya que está ligado a los usos tradicionales de la producción y consumo indígenas con el proceso y ciclo germinativos y con el mercado. Las nuevas variedades de semillas no siempre resuelven, por ejemplo, la resistencia a las plagas que en cambio ofrecen las variedades criollas; por otra parte, las exigencias del mercado o de la industrialización introducen variedades que no siempre son compatibles con los comportamientos del consumo indígena.

El problema de la fertilización de los suelos plantea en la actualidad una particular gravedad, ya que a los factores indicados (dificultades de dejar descansar la tierra, de emplear las rotaciones o asociaciones más adecuadas) hay que añadir la ausencia de material orgánico, de la majada animal por la disminución del ganado y de los rastrojos (restos de los cultivos cosechados) que en vez de ser usado como fertilizantes del mismo suelo se han ido haciendo cada vez más necesarios como combustible, compensando la falta de leña debida a la deforestación.

La relación del campesinado andino con la tecnología convencional ilustra significativamente esa racionalidad interior a sus estrategias de supervivencia: por una parte, ni puede adoptar dicha tecnología, y el intentarlo desmontaría no sólo su estructura productiva sino también su organización social y su horizonte cultural; pero por otra parte, no integrar ciertos elementos de ella supondría una opción suicida de sus mismos requerimientos de producción.

Tras este comportamiento hay además una concepción diferente de la tecnología para el campesinado andino, la cual se resuelve como una comprensión y manejo de la tierra con los mismos recursos y posibilidades de ella; y según lo cual las condiciones vegetativas del suelo constituyen un sistema íntimamente relacionado con los cultivos y sus ciclos. Sólo al quedar modificados estos por los factores antes mencionados, ha necesitado el campesino de los Andes recurrir a respuestas funcionales para los problemas de fertilización o de plagas o de nuevas semillas.

Frente a la tecnología convencional abraza el indígena comportamientos muy calculados, a través de los cuales se puede ir midiendo toda una lógica de la adaptación. Es muy frecuente observar, por ejemplo, un diferente uso tecnológico en las parcelas familiares y en las tierras comunales; mientras en aquellas se mantienen

los recursos tradicionales, en éstas se introducen innovaciones de fertilizantes, insecticidas e incluso una cierta mecanización. Los cultivos en parcelas comunales parecen prestarse mejor a prácticas de experimentación que en cambio no se arriestan en las propias parcelas; el mismo carácter y destino de la producción en las tierras comunales —cultivos para el mercado o para complementar el fondo de subsistencia familiar— introducen una concepción económica de la tecnología diferente.

La Reciprocidad.—

La reducción del espacio agrícola comunal y las limitaciones de acceso a la tierra que actualmente sufre la familia comunal han ido incidiendo en las relaciones sociales de producción andinas y en las formas tradicionales de reciprocidad e intercambio. También en este aspecto la comunidad indígena se ha visto obligada a refuncionalizar sus prácticas sociales, amoldándolas a las actuales circunstancias: tanto más que dichas prácticas de reciprocidad y redistribución e intercambio lejos de ser un accesorio de la tradición constituyen instancias y mecanismos sustanciales de su secular estrategia de supervivencia. Ellas definen además una especificidad social y aseguran la cohesión del grupo.

La estrechez de las parcelas familiares, incluso en las comunidades paperas de altura, ha ido haciendo innecesaria en muchos casos la colaboración del grupo de parentesco o de afinidad para realizar las principales tareas agrícolas (preparación de terrenos y cosecha). La misma condición de “arrimados” de muchos comuneros en algunas comunas les incapacita para mantener una regular reciprocidad en servicios, fuerza de trabajo, bienes y productos, incluso con sus familiares o vecinos. El hecho que gran parte de la producción sea destinada al mercado, reservándose lo indispensable para el autoconsumo de la unidad doméstica, excluye todo remanente para la redistribución o el intercambio. Y la misma penetración de una tecnología convencional, ajena a un manejo compartido de las relaciones sociales familiares, tiende a privatizar tanto la economía familiar como su proceso productivo.

A pesar de esta situación, a la que habría que añadir como factor determinante los procesos de diferenciación al interior de

la comunidad, con todo, la necesidad de mantener y aún de estrechar los lazos solidarios interfamiliares e intercomunales sigue siendo una estrategia de supervivencia de la comunidad andina; y ello no como un simple rezaño de un ritual social muy profundamente arraigado en las relaciones y organización del grupo. En este sentido nos referíamos antes a ciertas "formas forzadas de reciprocidad" que más que desempeñar una función particular con una eficacia propia se encontrarían inscritas en las mismas estructuras de la organización social y productiva del grupo, y como una manera de preservarlas y reproducirlas.

La minga como institución de la comunidad andina perdura en muchas comunidades como un ritual de convocatoria y de cohesión del grupo muchas veces más allá también de necesidades reales, pero como práctica-símbolo de una participación colectiva a los intereses de la comunidad. En ocasiones la minga se utilizaba por elementos o autoridades ajenos a la comunidad en beneficio de intereses no siempre comunales; pero aun en detrimento de esta manipulación de la convocatoria a la minga los comuneros siguen viendo en ella un espacio de solidaridad y de redistribución interna de bienes y servicios.

Que hayan cambiado los contenidos, que se hayan modificado los mecanismos de convocatoria, que incluso la concurrencia a ella sea en la actualidad menos unánime por una diferenciación de las mismas estrategias de supervivencia, menos comunales, de las familias, todo esto no ha impedido que la minga se reproduzca en sus más variadas modalidades como un mecanismo de solidaridad, redistribución e intercambio a diferentes niveles y diferentes espacios sociales de la comunidad andina. Actualmente, por ejemplo, constituye una forma de participación comunal a los programas de desarrollo y de servicios propuestos a la comunidad, que además de sus aportaciones inmediatas contribuye a mantener esa solidaridad del grupo cada vez más carente de espacios de tareas comunes.

La ayuda o "presta manos" — "randi randi" —, que se solicita u ofrece para las tareas agrícolas, se sigue manteniendo entre unidades domésticas emparentadas o dentro de los núcleos de afinidad, muchas veces trascendiendo las necesidades reales de la aportación de fuerza de trabajo, como un procedimiento de reciprocidad para

mantener o reforzar los lazos solidarios. La práctica es más usual entre unidades domésticas que comparten el acceso a una misma parcela del grupo familiar.

Si la redistribución de productos se encuentra disminuida en el volumen de su flujo y reducida en sus redes sociales, se sigue practicando dentro de los círculos familiares y del parentesco, y más bien ligada a las necesidades que se presentan concernientes a la supervivencia de las unidades domésticas.

El empobrecimiento de la economía comunera y su progresiva monetarización ha hecho que la reciprocidad y redistribución se concentren e incluso se intensifiquen en espacios rituales como son las celebraciones de la familia (padrinazgos, bodas, muertes) o en las fiestas (priostazgos). En estas ocasiones se refuerzan los vínculos de solidaridad en base a prestaciones y ayudas que forman parte del sistema de reciprocidad.

La diferenciación al interno de las comunidades o el establecimiento de relaciones precaristas, a las que aludimos más arriba, con los propietarios de la comunidad propia o de las vecinas, y con los comerciantes de los centros parroquiales han hecho que la reciprocidad andina adoptara formas asimétricas o desventajosas para los comuneros indígenas más pobres, y bajo las cuales se instaura a veces una explotación solapada. Sin embargo, esta reciprocidad desigual, que degenera en ocasiones en formas clientelares, representa para los sectores precaristas una posibilidad de acceso a ciertos recursos, bienes y servicios, de los que de otra manera quedarían excluidos. Este tipo de relaciones lubricadas muchas veces por el parentesco o el compadrazgo, hacen más personal y rentable una explotación, por otra parte ineludible, para la supervivencia de los sectores más empobrecidos.

Aunque la comunidad andina encuentra muy restringido su territorio ecológico, y ya no puede controlar zonas productivas complementarias, en ocasiones las comunidades vecinas donde residen familiares pueden ser lugares de posibles intercambios más o menos regulares, y que abarcan los más diferentes recursos, desde leña o plantas medicinales hasta aquellos susceptibles de trueque. Y no sólo las familias privadamente, sino también la misma comunidad bajo la gestión del Cabildo puede llegar a mantener relaciones permanentes de reciprocidad e intercambio complementarios con otra

comuna, como el uso de páramos o de acequias u otros servicios.

En cuanto a las formas de reciprocidad se puede concluir que éstas se han ligeramente deslizado de aquellos espacios productivos a los rituales y simbólicos; y en este mismo sentido la comunidad andina, que siempre ha privilegiado la fiesta comunal o familiar, como un tiempo de la celebración colectiva y una ratificación de su identidad y cohesión, ha acentuado su importancia como reducto indispensable para la reafirmación del grupo, para la legitimización de sus reglas y para el funcionamiento eficaz de los procedimientos que le aseguran una identidad y relativa autonomía, haciendo tolerable la perspectiva de los cambios y las adaptaciones. La fiesta y el ritual cotidiano se mantienen como símbolos de lo que perdura y de lo que sigue siendo idéntico al pasado. Su preservación, aunque sea meramente representativa del sistema y de la voluntad de su estabilidad, reanuda los vínculos de solidaridad, creando en cierto aspecto, la impresión, de equilibrio, enmascarando, o minimizando los gérmenes de su propia diferenciación en el tiempo. En sus mismos reductos culturales la comunidad trata de prevenirse también constantemente de la amenaza de discontinuidad, contra sus tensiones y contradicciones. El rito, la cultura y la fiesta, aun en sus formas más deformadas, constituyen a su vez una estrategia de supervivencia a las que la comunidad andina se aferra con tanta necesidad como a aquellos otros procedimientos más inmediatos de subsistencia.

Cuanto más pobre es o más se empobrece una sociedad en sus recursos materiales, más simbólicas se vuelven las funciones que tienen que desempeñar estos bienes y recursos, y las relaciones sociales que se tejen en torno a ellos. Algo análogo habría observado ya Evans-Pritchard entre los nuer: "Cuanto más simple es una cultura material más numerosas son las relaciones sociales expresadas a través de ella . . . ; el valor social de los objetos materiales se acrecienta debido a su escasez por el hecho de tener que servir de medios de muchas relaciones, y por consiguiente aparecen con frecuencia investidos de funciones rituales" (*The Nuer*, 1940, p. 89).

El Mercado.—

El mercado, con las características y proporciones actuales, representa un fenómeno totalmente nuevo para los sectores campesinos indígenas, y un desafío económico, frente al cual los grupos andinos ofrecen una estrategia no carente de ciertas contradicciones. La articulación al mercado de la comunidad serrana se inicia principalmente y en épocas recientes con la desaparición de la estructura hacendaria, cuando la producción campesina quedó "liberada" para una comercialización autónoma del remanente de aquellos productos destinados al autoconsumo. En una etapa posterior las actuales políticas estatales de desarrollo rural tienen como objetivo un aumento de aquella producción campesina que pueda abastecer el mercado interno. De esta manera la producción y la economía campesina sobreviven entre la tensión del mercado y la del autoconsumo. Por otra parte, su progresiva integración a la sociedad nacional, instrumentalizada de alguna manera por las mismas políticas de desarrollo, ha ido introduciendo a los sectores indígenas en los circuitos de consumo de dicha sociedad nacional.

Aunque su articulación al mercado como vendedor de productos agropecuarios y comprador de artículos y mercancías fabricados acarrea no pocas ni pequeñas dificultades a las condiciones económicas tradicionales del campesinado andino, éste no ha dejado de implementar determinadas estrategias, que le permitan desarrollar un proyecto de supervivencias en la actual situación.

La venta de su producción agrícola supone, como se vio anteriormente, un cambio en los patrones de cultivo y una incipiente pero progresiva dependencia del mercado de insumos. La misma monetarización de la economía campesina tiende a hacer inestable y precario el equilibrio entre el doble destino de su producción: hacia el mercado y el autoconsumo. Si bien el campesinado diferencia los cultivos para la venta de aquellos reservados a la propia subsistencia y posee un mejor control tecnológico de éstos, y de los que por lo general tiende a asegurar la cosecha (es el caso muy particular de las distintas especies de papas), en muchos casos la prioridad concedida a los productos comercializables abre brechas de escasez en las reservas alimentarias de la familia campesina, que

tenderán a ser compensadas por otro tipo de recursos: migración urbana, relaciones "al partir", "peonaje" rural prestamos o venta "en verde" de la proxima cosecha . La búsqueda y el logro de un equilibrio entre el mercado y el autoconsumo constituye en la actualidad la más hábil y también más difícil, y se podría agregar el núcleo, de las estrategias de supervivencia de las familias comuneras

Hay un manejo en ocasiones muy sutil de la producción agrícola destinada al mercado: en él interviene la diferenciación de los ciclos de cultivo, que ofrece al campesino la posibilidad de una presencia regular y casi constante en el mercado de productos agrícolas: se trata en este caso principalmente de papas y legumbres, que no pueden ser conservadas mucho tiempo. El campesino juega también con la posibilidad de almacenaje de otros productos, los granos, que constituyen el fondo de reserva tanto para el autoconsumo y el trueque como para aprovechar las oscilaciones de los precios en el mercado. En zonas y comunidades con recursos pecuarios, los borregos representan un rubro de doble comercialización: la lana y el animal. Dado que se trata aquí de un capital o fondo de reserva, la venta de animales y de lana está sujeta a las necesidades económicas de la familia. Por eso, contra un manejo tecnológico apropiado de estos animales aunque la venta de la lana suele realizarse en verano, época usual del trasquile, ésta puede tener lugar en cualquier momento en que la familia necesite dinero. Lo mismo ocurre con los otros animales domésticos, cerdos, aves y cuyes

El mercado no sólo se introduce en la organización de la producción agropecuaria sino también en los espacios rurales de la parroquia y de la misma comunidad generando nuevas formas de consumo entre el campesinado indígena. La proliferación de tiendas en los centros parroquiales y comunales dan cuenta de una oferta comercial cada vez más amplia y variada de artículos y mercancías, que en parte vienen a compensar las deficiencias de productos agrícolas para el consumo, y en parte inducen un sistema de demandas extraño tanto para las reales necesidades del campesinado como para su racionalidad alimenticia. Desde la adquisición de artículos "suntuarios" (transitores, relojes . . .) hasta la construcción de casas con materiales fabricados (ladrillo, eternit . . .) o nuevos patrones de consumo (pastas, colas y cervezas), la oferta del mercado invade las comunas más allá de la capacidad de compra de los campesi-

nos.

Si el grado de articulación al mercado de los campesinos serranos depende en última instancia de la extensión de las parcelas de tierra familiares, también en este caso se puede establecer una diferencia entre comunidades paperas (de altura) y las maiceras (de zonas bajas); aquellas se encuentran por lo general en mejores condiciones para destinar gran parte de su producción al mercado, mientras que éstas habrán de reservar casi toda su producción para el autoconsumo. En ambos casos, sin embargo, el sistema de comercialización de los productos agrícolas sitúa al campesino en el último lugar —primer eslabón— de una larga red o cadena de intermediarios, que es donde la circulación de la producción agrícola convertida en mercancía alcanza su mayor valor comercial. Ya sea que el intermediario, exterior a la zona o comerciante residente en el centro parroquial, compre al campesino sus productos junto a la parcela o en el mercado rural, el precio impuesto es por lo general la mitad (o menos de la mitad) del valor que adquiere en los mercados urbanos para el consumidor. En algunas regiones los mercados rurales (situados casi siempre en los centros del cantón o de las parroquias) facilitan al campesino un acceso a las redes mercantiles y un mejor manejo de la política de precios. Con todo, y para romper el monopolio de algunos intermediarios y agregar valor a sus productos, se está generando un comportamiento comercial entre el campesinado andino, vinculado a las facilidades del transporte, cuya adquisición por la comuna o por alguno de sus miembros permite un sistema de comercialización más autónomo, y que los mismos campesinos puedan colocar sus productos en los centros comerciales; o que ellos mismos también puedan abastecerse directamente de artículos y fabricados, los que de otra manera introducirían los comerciantes a precios más elevados en las comunidades.

Si el campesino no escapa a las redes del mercado, y se sitúa desventajosamente bajo su política de precios, sigue manteniendo en compensación su sistema tradicional de trueque e intercambios. La práctica del trueque sigue permitiendo al comunero andino el acceso a productos que le han sido negados por la falta de un control de la verticalidad ecológica. Así se practica entre familias o grupos afines de comunidades vecinas en el mismo mer-

cado rural, mientras el comunero comercia algunos de sus productos (papas), su mujer practica el trueque con otras compañeras o familiares de las comunidades vecinas de ecología diferente o donde los ciclos de cultivo son distintos. El recurso del trueque se impone así mismo cuando se le agotan al campesino algunos componentes de la reserva para el autoconsumo.

Una mezcla de trueque y comercialización liga muchas veces a los campesinos comuneros con los tenderos mestizos de los centros parroquiales: a cambio de productos agrícolas por lo general granos pueden adquirir artículos alimenticios a un precio de equivalencia impuesto por el comerciante.

El desarrollo del sistema capitalista ha impuesto al campesinado andino un modo de producción mercantil simple, que no puede ya eludir, que no ha dejado de impactar tanto su modelo productivo y su racionalidad económica como tampoco sus patrones de consumo y en muchos casos sus mismas condiciones de supervivencia. Y, lo que ha sido peor, ha tenido como efecto agravar o acelerar el proceso de diferenciación interna en las comunidades campesinas. Sin embargo, esta misma dependencia del mercado ha sido enfrentada por el campesinado andino también como una estrategia de supervivencia. En la misma reserva y limitaciones de su articulación a él, en los procedimientos adoptados frente a los sistemas mercantiles y cadena de intermediarios, en la combinación del mercadeo con el trueque, las iniciativas cada vez más frecuentes de asociarse en cooperativas de comercialización, y la apertura a otros recursos (migración y salario) para compensar los déficits de su economía en proceso de una mayor monetarización, todos estos comportamientos demuestran que el campesinado andino, incluso en desventaja, ha sabido adaptarse al sistema económico dominante, e integrarlo en cierta manera a su estructura productiva y organizativa.

Una nota a título de conclusión parcial puede ser aquí pertinente. En no pocos aspectos, y en unas zonas y comunidades más que en otras, la economía campesina andina sigue participando de la llamada "economía primitiva" (pero sin ser ya la "economía de la abundancia" que caracterizaba a ésta) y de su racionalidad. Muy basada todavía en la autosubsistencia, con una muy elemental especialización y división del trabajo, y un empleo de la misma fuer-

za de trabajo no orientada a su plena rentabilidad, la economía campesina comunera en los Andes evoluciona entre formas tradicionales de “despilfarro” y una “organización de la escasez”. Este comportamiento con rasgos tan irracionales para la mentalidad económica moderna no deja de traducir una cierta estrategia de supervivencia en sus mismas actitudes extremas. Si el despilfarro en gastos festivos y rituales o en consumos supérfluos refleja por una parte formas culturales de la sociedad andina, y por otra parte una sujeción a comportamientos de consumo aculturados, la organización de la escasez al interior de la familia y de las unidades domésticas ha adquirido un alto grado de eficacia, no fácil ni suficientemente investigado. Aunque la organización de la escasez suponga en ocasiones un ejercicio ilimitado de la penuria y autoexplotación de la unidad doméstica, la habilidad para manejar los recursos propios, tanto en períodos de reservas como en aquellos de carestía, y la distribución que se hace de ellos al interior de la familia, así como las formas de acceso al dinero desde una economía tan poco monetarizada, representa un nivel de racionalidad y de comprensión de las estrategias de supervivencia, a los que no han llegado todavía el análisis socio-económico y la observación antropológica de la comunidad andina. Más allá de los datos obtenidos y del material reseñado se encuentra la solidaridad del grupo y su capacidad de sobrevivir resistiendo y adaptándose en las condiciones de dependencia y dominación ya seculares por las que atravesaron los grupos andinos.

A esa articulación al mercado, que tiende a pronunciar cada vez más el desequilibrio económico del campesinado andino como vendedor de productos agrícolas y comprador de mercancías y artículos industriales, será preciso añadir su vinculación al mercado nacional como fuerza de trabajo. Esta nueva estrategia de supervivencia, que ha sido comprendida quizás demasiado esquemáticamente como un “proceso de proletarización” del campesinado indígena merece un capítulo a parte.

LA MIGRACION

La migración del campesinado indígena es susceptible de dos enfoques que sin ser contrarios suponen un diferente análisis y evaluación del problema. Uno tiende a una lectura del proceso migra-

torio como consecuencia del desarrollo del sistema capitalista y de la consiguiente ruptura de la autonomía de la producción y economía campesinas. El otro es una versión del problema desde el punto de vista del mismo campesinado y de sus estrategias de supervivencia. Si ambos enfoques no dejan de ser complementarios, llevan sin embargo a una evaluación y a planteamientos políticos —incluso a estrategias de desarrollo— muy diferentes.

Como se muestra en el trabajo siguiente de M. Chiriboga (3) la principal causa del fenómeno migratorio de los sectores campesinos indígenas radica en la falta de tierra y en limitaciones concomitantes a dicha carencia: pequeña extensión de las parcelas familiares, situación ecológica y calidad de suelos que hacen poco productivas las propiedades domésticas, dificultad para manejar una producción diversificada en distintos pisos ecológicos.

El problema de la migración campesina serrana, según, ésto, deberá ser planteado de acuerdo al principio metodológico de su relación con la tierra: extensión de la propiedad, formas de tenencia, modalidades de acceso a dicho recurso. El volumen de migración de una zona, de una comunidad o familia, el régimen temporal de la migración, incluso destino y formas salariales que adopta la migración, todo ello aparece determinado por la naturaleza del campesino, sus condiciones de supervivencia en relación con el factor tierra. En este sentido, la migración puede ser conceptualizada muy particularmente dentro de los grupos andinos como una estrategia que siendo nueva no es, sin embargo, extraña a las tradiciones culturales de dichos grupos, que siempre han encontrado formas complementarias a sus recursos o al empleo de su fuerza de trabajo, incluso bajo la modalidad de desplazamientos temporales de su lugar de origen y de producción habitual.

Por esta razón entendemos que el fenómeno global de la migración campesina, aunque ya no responda a aquella estructura económico social en la que operaba la racionalidad andina de la complementariedad, tampoco debe ser simplificada dentro del sistema del desarrollo capitalista en conceptos de “proletarización”. De darse, el proceso será lento y desigual, y merece ser interpretado, o por lo menos tenido en cuenta, desde las particulares ca-

(3) Campesinado andino y estrategias de empleo: un análisis del caso de Salcedo.

racterísticas y racionalidad productiva y organizativa del campesinado andino y de su supervivencia como campesino (y como indígena).

La relación entre extensión de tierra disponible por familia y migración está sujeta a una variable ecológica que hace referencia a la productividad y rentabilidad del suelo. Las comunidades paperas son por lo general aquellas en las que la extensión de tierra por UPA es mayor que en las comunidades maiceras (situadas en zonas más bajas y no liberadas de la estructura hacendaria por lo general). Mientras que en las primeras 2 hectáreas de tierra suele ser el límite necesario para la supervivencia de la familia de 4 hijos, en las segundas el límite se situaría entre 1 y 1/2 hectáreas. Más allá de estas condiciones mínimas y de la posibilidad dentro de ellas de controlar diferentes ciclos de cultivo que ocupen la totalidad de la fuerza de trabajo familiar, la migración se presenta como una necesidad y una alternativa. Otra variable interdependiente de la anterior es la composición familiar de la UPA y la proporción entre el número de productores y consumidores dentro de ella. Es en definitiva el volumen familiar dentro de ciertos límites lo que determina la suficiencia o insuficiencia de extensión de la parcela.

A medida que crece la unidad familiar, la extensión de tierra disponible se vuelve cada vez más insuficiente. Y cuando los hijos menores se convierten en productores potenciales se origina un excedente de la fuerza de trabajo familiar susceptible o necesaria de ser empleada fuera de la parcela o en la migración. Inicialmente o en algunos casos se podrá recurrir a formas de "partido" o "arriado", dentro de la comuna o en la zona; más tarde o en otros casos alguno de los miembros de la familia, el padre o los hijos varones, deberá salir a la migración.

Hay un caso de situación liminar en que la migración de un miembro de la familia, generalmente el padre, no es obligado por la supervivencia inmediata de la familia, pero está permitida por las oscilaciones en el empleo de la FT según el ciclo productivo, y que responde, sin embargo, a una necesidad de complementar la economía familiar o de asegurar su reproducción campesina más a largo plazo. Se trata siempre de una migración temporal, a veces ocasional, con motivo de fiestas (pase de un "cargo"), mejo-

ras tecnológicas, ampliación de la propiedad o para cubrir circunstancias de una urgencia.

El volumen migratorio de una familia tratará de combinar según las circunstancias —condiciones productivas— o el tipo de familia —número de hijos— el tiempo de la migración y el número de miembros migrantes. La migración estacional de un miembro de la familia tendrá lugar en aquellas épocas en que las tareas productivas no requieren un mayor empleo de fuerza de trabajo. Será el caso del padre o de alguno de los hijos mayores de 18 años. Cuando el volumen de la fuerza de trabajo disponible en la familia ya no puede ser empleado regularmente dentro de los límites de la tierra disponible, la migración de alguno de los miembros de ella, el padre o los hijos adultos, se hace permanente. Esta migración sea estacional o tienda a hacerse permanente, suele tomar la forma de “pendular” si tiene un destino urbano no muy distante de la comunidad: el migrante regresa a casa los fines de semana, se le sigue considerando parte de la UPA y de la comunidad, e incluso los solteros llegarán a casarse en la comunidad, donde por matrimonio o por ahorros conseguidos en la migración podrá recampesinizarse, accediendo a una parcela o adquiriéndola por compra.

El regreso de un migrante a su comunidad de origen puede darse en condiciones diferentes, de no—campesino, después de haber adquirido un oficio, carpintero, sastre u otro, cuyo desempeño en su comuna le permita asegurar su supervivencia, dentro de la cual el trabajo de la tierra, por muy poca que tenga, puede constituir un complemento secundario de ella.

En caso contrario, y sobre todo a medida que crecen los hijos, sin posibilidad de trabajar las tierras de la familia, no susceptibles de un reparto, o de adquirir otras, la migración de éstos tenderá a hacerse permanente y definitiva. Este caso límite para ellos puede presentarse también para una familia entera, en la medida que su crecimiento biológico convierte en insuficiente la extensión de tierra disponible.

El destino de la migración campesina tiene una lógica muy parecida a la que presenta el volumen migratorio familiar, y a la duración temporal o sus frecuencias: las etapas en ella tienen un escalonamiento en términos de mayor distancia. Un “umbral de la migración” tiene lugar cuando la fuerza de trabajo de la familia

se ve expulsada fuera de la UPA hacia las tierras de otros comuneros (familiares o no) y propietarios de la misma zona o de la región, en la forma de relaciones salariales o combinadas éstas con las de "partido". Un ámbito ulterior de la espiral migratoria se sitúa en cuanto al destino del migrante en las zonas agrícolas extraregionales (la costa y el oriente). Se dan casos (en el oriente de la provincia del Cotopaxi) en que los migrantes campesinos van a trabajar a las haciendas de la región costera que allí poseen propietarios vecinos a sus mismas comunidades; de tal manera que el desplazamiento migratorio no supone, sin embargo, una desvinculación del lugar de origen y más bien refuerza lazos laborales en él.

La dinámica migratoria se acentúa cuando el destino es un centro urbano regional o extraregional, y donde el campesino indígena deja de trabajar como campesino sin dejar de ser indígena. El destino urbano de la migración depende en gran parte de la ubicación de la comunidad de origen. Los centros de mayor migración son Quito y Guayaquil, donde ésta en razón de las distancias suele ser estacional o permanente; otros centros urbanos menores ofrecen posibilidades de migración diferente (Santo Domingo, Machala, Manabí), y menor en los de la Sierra, donde la oferta es muy periódica y en sectores informales de empleo. Sólo Ambato presenta un mercado de empleo migrante muy particular en su región.

La migración campesina indígena tiene una característica de diferenciación sexual muy clara: emigran preferentemente los varones y no las mujeres; las hijas en casos extremos, y nunca las madres, a no ser que la familia entera emigre definitivamente. Por lo general, es la mujer la que asegura las tareas de cultivo en ausencia del marido o los hijos migrantes, la que cuida los hijos cuando los hay, la casa y los animales domésticos.

El fenómeno migratorio del campesinado indígena de la sierra, tal como ha sido someramente descrito, diseña una forma espiral en su crecimiento temporal, volumen familiar, destino de la migración y tipo de migrante, teniendo dicha ampliación del proceso migratorio un núcleo, centro del eje de la espiral, constituido por la UPA: la parcela-familia. El desarrollo del proceso migratorio de la familia campesina indígena adopta una serie de fases en las que se van combinando tiempo-duración, número de miembros

migrantes, destino—distancia de la migración, que hacen que dicho fenómeno aparezca como un progresivo y paulatino alejamiento y separación de la tierra de cultivo y del núcleo familiar. A la migración ocasional y estacional siguen la permanente y definitiva; la migración agrícola intra y extra- regional precede a la migración urbana; la migración del padre anticipa la migración de los hijos, y la de estos a la de las hermanas o de la familia entera.

Así representada la migración aparece como un intento por mantener el núcleo de supervivencia que se localiza en las parcelas de tierras familiares, y en el hogar simbólicamente representado en la madre, y también por la vinculación a una comuna de origen en referencia a la cual el campesino conserva su identidad étnica.

Esta comprensión del problema se manifiesta incluso en la relación que mantienen los migrantes definitivos con sus comunas de origen. Aunque establecidos con sus familias en la capital u otros centros urbanos siguen teniendo en la comuna la propiedad de sus parcelas, dejadas “al partir” a sus parientes o en arriendo a otros comuneros; la tierra sigue siendo así un recurso más o menos complementario de la supervivencia urbana de la familia indígena. Su misma pertenencia a la comunidad se reanuda periódica y ritualmente con el regreso a ella con motivo de las fiestas o de las cosechas. Y la reciprocidad con sus parientes u otros comuneros se mantiene también en intercambios de bienes y servicios: productos de la tierra por alojamiento es una forma usual de intercambio entre migrados y comuneros.

Los mismos migrantes en la ciudad conservan o reproducen los lazos solidarios comunales entre ellos. Hay comunas cuyo grupo de migrantes comparten el mismo habitat urbano, e intercambian y llegan a hacer rotativos sus puestos de trabajo en la ciudad entre sus parientes y compañeros, alternando sus épocas de migrantes con sus estancias en la comunidad. En otras ocasiones se forman colonias de familias migrantes de una misma comunidad, y en las cuales además de reproducirse una organización comunal análoga se refuerzan colectivamente los lazos de pertenencia a la comunidad de origen. (4)

(4) Cfr. el caso estudiado en J. SANCHEZ PARGA. **Desarticulación y rearticulación de la comunidad: Yaló**, 1982 (mimeo. CAAP).

Estrategia de supervivencia étnica y campesina, la migración entre los grupos andinos de la sierra aparece como un complemento en el espacio y en el tiempo de sus condiciones productivas: una forma de resistencia a la descampesinización que muestra hasta qué punto la proletarianización campesina puede ser un proceso lento y desigual, y por ello mismo fácilmente reversible y más fácil aun de atajar a tiempo.

LA DIETA -

El fondo de subsistencia de la alimentación familiar se encuentra empobrecido a causa de dos factores principales: la reducción en extensión y calidad de la tierra cultivable, y la mayor dependencia como productora y consumidora de la economía campesina al mercado. El volumen de la producción destinada a la venta recorta en términos generales a casi la mitad el stock del autoconsumo. En las comunidades de altura, las más articuladas al mercado por disponer de mayor extensión de tierra orienta a la venta entre un 30 o/o y hasta 60 o/o de la papa; entre un 40 o/o y 70 o/o de la cebada; entre un 30 o/o y 50 o/o las habas. Al ocupar la papa el mayor volumen de la producción cultivada y ser también éste el cultivo que en los últimos tiempos se ha convertido en el más frágil a las plagas y factores climáticos, se dan años —como el de 1982 y 1983— que la cosecha de papa se ha perdido en casi más de un 50 o/o creando un gran déficit en la economía familiar y un vacío mayor en el plato doméstico.

Un campesino del Cotopaxi expresaba con todo patetismo la situación general de toda la sociedad indígena serrana: "Hoy tenemos que comprar lo que antes producíamos y vendíamos".

Si el capital productivo destinado al autoconsumo se reduce en volumen no es menos afectado en cuanto a la calidad y variedad, quedando nutricionalmente la alimentación familiar muy poco diferenciada, y resultando el paquete vitamínico y de calorías muy poco complementario. Hacíamos ya referencia a la pérdida progresiva de muchos de los cultivos tradicionales como la quinua y el chocho; actualmente la papa y la cebada constituyen los alimentos de base; en menor escala entran los granos y otros tubérculos; el maíz, arroz y frutas son ocasionales y muy extra-

ordinarios en el plato indígena, y sólo como componente de lujo y en escasa cantidad aparecen los huevos y el queso; las carnes son raramente consumidas en situaciones de fiesta.

A la deficiencia de la variedad y el volumen de los alimentos cabe añadir todavía una deficiencia en la preparación, la cual se ve condicionada por dos factores principales: la falta de leña cada vez mayor en las comunidades y la falta de fuerza de trabajo femenino alejada de las tareas culinarias por ser requerida en los trabajos agrícolas o en el pasto de los animales.

La única compensación alimenticia, si compensación se puede considerar, ha sido la introducción de productos fabricados, principalmente fideos y conservas, que pueden llegar a cubrir ocasionales vacíos en el plato campesino, aunque no llene sus necesidades nutritivas.

Más bien los nuevos rubros alimenticios introducidos en los sectores rurales bajo la dinámica de la industria y del comercio suelen ser los de peor calidad, ya que resultan los únicos accesibles a la baja capacidad adquisitiva del campesinado indígena. E incluso los antiguos productos elaborados como sal, dulce, pescado, chicha, trago, etc., que anteriormente eran elaborados o intercambiados por los diferentes grupos campesinos, son ofrecidos en la actualidad en las comunidades totalmente adulterados o de pésima calidad.

Con todo, y a pesar de las múltiples restricciones, el campesino de la sierra sigue conservando elementos residuales de su tradicional racionalidad alimenticia. Aunque en menor escala, siempre se puede encontrar en las chacras familiares el cultivo de la mashua, melloco, quinua, oca . . . Y son precisamente estos productos no destinados al mercado, los que mantienen un componente nutritivo valioso y los que forman parte de los intercambios intra-comunales e intercomunales. También la reciprocidad al interior de una misma comuna entre familias emparentadas o con grupos afines de comunas vecinas sigue constituyendo un recurso para el intercambio de productos destinados al consumo.

Hay situaciones extraordinarias pero que revisten una cierta regularidad dentro del espacio campesino indígena, que si no resuelven el problema de fondo de la dieta familiar, permiten sin embargo paliar sus deficiencias nutricionales. Es el caso, por ejemplo, de las ferias y mercados que ofrecen una ocasión para que la

comida pueda enriquecerse aunque sea en pequeñas dosis con otros componentes que los diarios, sobre todo en carnes y grasas. Una ocasión similar, menos frecuente pero más importante para la alimentación, presentan las fiestas, sean éstas familiares, comunales o parroquiales. Otro evento que suele dejar siempre ciertos réditos alimenticios es la celebración de mingas: la oferta en ellas de comida nunca deja de ser el aliciente principal de su convocatoria.

De todas las estrategias de supervivencia a las que nos referimos en este estudio la de la alimentación campesina indígena nos parece la más frágil, quizás por ser la menos conocida y más difícil de estudiar, o porque tras ella se ocultan los más íntimos mecanismos de autoexplotación de la familia campesina; y quizás también porque en torno a ella operan los aspectos más solidarios de la reciprocidad comunera y andina. Algo similar habrá que añadir a continuación en referencia a la salud, aspecto estrechamente vinculado con el de las condiciones alimenticias.

Este rubro de la supervivencia campesina se revela por consiguiente débil en la medida que pocas son las estrategias o alternativas que permitan a los grupos campesinos serranos mejoras sustanciales. En este campo los recursos sustitutivos, los recambios o compensaciones, que la familia campesina encuentre a su disposición distan mucho de recuperar las condiciones perdidas, y de resolver un problema que por no manifestarse tan socialmente como otros es ignorado o tiende a ser minimizado, o simplemente se le presta atención en sus consecuencias: la morbilidad indígena. El saldo de estas condiciones alimenticias se refleja en la desnutrición de la población campesina de la sierra y en su estado de salud.

Como un indicador del estado de salud de las comunidades indígenas de la sierra pueden utilizarse los datos sobre mortalidad infantil, exponente ilustrativo de las condiciones de marginalidad económico social de este sector de la población del país (6). En primer lugar se observa que las poblaciones de mayor mortalidad pertenecen las provincias serranas.

(6) BEHN, M y ROSERO, L., *La mortalidad en los primeros años de vida en países de América Latina. Ecuador 1969-1970*. San José, Costa Rica, 1977.

Regiones	Probabilidad de morir (por mil)
-----------------	--

Sierra	135
Costa	121
Oriente	129

En segundo lugar, en estas provincias de la sierra el mayor porcentaje de mortalidad corresponde a los sectores rurales.

Localidad	Probabilidad de morir (por mil)
------------------	--

Sector urbano	93
Sector rural	158
Rural concentrado	134
Rural disperso	171

En tercer lugar, la mortalidad infantil es mayor en proporción a la población indígena de las regiones.

Población indígena o/o	Probabilidad de morir (por mil)
-------------------------------	--

Menos del 20 o/o	141
20 - 29 o/o	143
30 - 39 o/o	153
40 - 49 o/o	185
50 - 59 o/o	229
60 - 69 o/o	204
70 o/o y más	175

Las tasas de mortalidad infantil entre la población indígena muestran que en dicho grupo uno de cada cinco niños no llega a cumplir los dos años de edad. En el cuadro anterior se observa que el riesgo de muerte de los menores de dos años aumenta a medida que la proporción de indígenas es mayor. La explicación de las dos últimas series de datos, en los que se lee una disminución de la mortalidad cuando el peso demográfico indígena es significativo, puede ser interpretado por esta razón: la coexistencia del indígena con la sociedad blanco mestiza no se vería afectada por condiciones tan adversas, y además en estas zonas la estructura del sistema de salud tradicional funcionaría con mayor eficacia de sus agentes y recursos.

Todos estos factores reseñados anteriormente (escasez de tierra, articulación al mercado . . .) que influían en la alimentación familiar van a determinar las condiciones de salud de la familia indígena campesina. Además de la reducción alimenticia y de la modificación de su racionalidad nutritiva con la introducción de nuevos comportamientos de consumo, otras causas han contribuido a minar las condiciones de salud en las comunidades andinas. La exigencia de una mayor autoexplotación de la fuerza de trabajo, muchas veces en tareas que implican esfuerzos complementarios (como el de salvar grandes distancias) o diferentes de los agrícolas tradicionales, la migración y la mayor vulnerabilidad de los grupos serranos indígenas a las enfermedades contagiosas, han contribuido al mantenimiento e incluso crecimiento de la morbilidad y mortalidad entre estos sectores campesinos. A todo ello cabe añadir todavía la desarticulación del sistema de salud tradicional de los grupos andinos, consecuencia por un lado de su misma desarticulación socio económica y política, y por otro lado de su progresiva aculturación y de una mayor vinculación al sistema de salud oficial.

Actualmente las condiciones de salud de la comunidad andina se encuentran en una tensión que puede ser en parte, y en algunos casos, una fase de transición, y en parte, y en otros casos, representa una forma de equilibrio entre un sistema de salud tradicional y el sistema de la medicina occidental. En cualquier caso, y de manera general, se puede decir que el campesinado indígena serrano organiza su salud y condiciones de curación en base a esa doble estrategia de la resistencia de su propio sistema y prácticas culturales, y la adaptación a las nuevas necesidades: lo que en muchas ocasiones implica la adopción de una serie de recursos que el sistema de salud occidental pone a su disposición a través de las políticas integracionistas del Estado.

Además de las condiciones de existencia del campesinado indígena, que hacen muy limitada la eficacia del sistema de salud oficial, es sobre todo la pérdida del control de los propios recursos pre-

(5) Este tema ha sido ampliamente tratado en la publicación del CAAP, **Política de salud y comunidad andina**. Cfr. también GALO RAMON, **Programa de salud para Cangahua**, (mimeo. CAAP).

ventivos y curativos de la medicina tradicional lo que hace muy frágil la estructura de salud de la comunidad andina. Una investigación realizada en la región de Pujilí (provincia de Cotopaxi) mostró que las mujeres mayores de 30 años conservan todavía un discurso preventivo y prácticas de salud que las mujeres más jóvenes desconocen ya. Así mismo, se ha podido constatar que la muerte y el envejecimiento de curanderos y brujos regionales no ha encontrado sustituciones en la nueva generación; y lo que es peor, los pocos que restan han visto muy reducidos sus perímetros sociales de influencia, hasta el punto de ir quedando desconocidos aún dentro de su propia región y comunidad.

La familia o el grupo de parentesco sigue siendo la instancia más inmediata donde se resuelve el problema de la salud y enfermedad; aquí es donde se utilizan las prácticas medicinales más simples de la tradición andina, el uso de la fitoterapia de un sobador de cuy al interior de ella o del grupo de parentesco. Más allá de este espacio liminar, la comunidad puede disponer de otros recursos como son algunos especialistas más competentes en el uso de las plantas medicinales o de la soba de cuy, e incluso algún curandero. En otros casos más graves o difíciles se accederá a los curanderos o brujos más reputados de la zona, de la región, o incluso en otras del país.

Nunca es claro donde el itinerario de la cura tradicional se detiene y se deriva hacia las instancias de la medicina oficial. Ello depende de diferentes circunstancias o factores: la facilidad de acceso a los médicos o puestos de salud, el grado de aceptación de que goza la medicina convencional y sus agentes, la gravedad de la enfermedad o la misma naturaleza de la dolencia, ya sea ésta "tradicional" ("enfermedad de runas") o una enfermedad de blancos, que deba ser curada con la medicina de los mestizos. En muchos casos dependerá del nivel económico o de aculturación de la familia del paciente, e incluso de quien es el enfermo (varón o mujer, niño, adolescente o adulto) y el nivel de cuidado que la familia está dispuesta a concederle.(7)

Todos estos factores y diversidad de comportamientos hacen muy difícil definir el grado de credibilidad y de confianza —dígase de eficacia— que tanto la medicina tradicional como la oficial tienen

(7) Cfr. J. Sánchez-Parga, "Los caminos de la cura" en **Políticas de Salud y Comunidad Andina**, CAAP, 1981.

entre los sectores campesinos indígenas, y su representación en el subconsciente colectivo de dichos grupos. Si hay un cierto consenso consciente sobre las limitaciones del propio sistema de salud, las condiciones en las cuales el campesinado andino se beneficia del sistema de salud oficial hacen que también la eficacia de este resulte muy reducida y cuestionable. La medicina oficial no es administrada al campesino indígena de la misma manera que a los blancos mestizos; a su vez el indígena no está familiarizado con las formas de tratamiento de la medicina oficial, y el mismo consumo de los fármacos (su regularidad y sus dosis) sigue siendo algo extraño a su comportamiento. Y en fin, el costo económico de la medicina occidental unido a ciertas formas sociales de su ejercicio tan alienantes y ajenas al mundo indígena hacen que el campesino andino recurra a los médicos y centros de salud como una alternativa extrema.

Como parte de una estrategia más global en el campo de la salud se ha ido dando una progresiva adopción de ciertos fármacos que la familia e incluso los mismos agentes de la curación tradicional han integrado y manejan de manera combinada con sus propios procedimientos. El uso de algunas medicinas, analgésicos o jarabes, han pasado de ser vendidos en las tiendas de los centros parroquiales a integrar el pequeño botiquín de la familia o de los curanderos.

Ilusorio y redundante más bien resulta hablar de una estrategia de supervivencia frente al problema de la salud por parte de la comunidad campesina. Si sus condiciones objetivas de vida constituyen el principal factor que limita el estado de salud y de reproducción social del grupo, las respuestas del campesinado indígena a sus consecuencias en la morbimortalidad se demuestran muy frágiles y parciales. Las curas, implementadas desde el propio sistema de salud tradicional u obtenidas a través de las instancias de la medicina oficial, no logran más que atajar de manera perentoria y circunstancial una situación endémica que tiene sus raíces en la misma estructura productiva, laboral y nutricional, de la comunidad andina.

Investigaciones realizadas en diferentes regiones de la Sierra con la finalidad de indagar las enfermedades prevalentes y causantes de la mortalidad entre la población indígena comunera han podido establecer dos sistemas nosológicos principales: las enferme-

dades bronquiopulmonares y las gasterointestinales. La otra causa de morbimortalidad registrada con mayor frecuencia se refiere a la desnutrición (8)

	Miguel Egas	Iluman	Cangahu	Isinlivi
Bronquiopulmonares	32'3 o/o	47'5 o/o	37'5 o/o	32'6 o/o
Gasterointestinales	27	21'5	22'7	17'5

Ahora bien, esta situación del estado de enfermedad de los sectores campesinos indígenas hace referencia explícita a condiciones de vida, frente a las cuales las soluciones médicas son muy contingentes y muy limitadas. Por otra parte, el mismo sistema de salud tradicional de la comunidad indígena se encuentra desprovisto de toda competencia ante estas nosologías y sus causas.

Según ésto, y de acuerdo también a los datos anticipados al tratar el problema de la nutrición, se puede entender que la comunidad campesina indígena no cuente con una real estrategia para resolver sus actuales condiciones de salud, y que su progresivo acercamiento a la medicina oficial aparezca como la única alternativa; aunque ni dicho acercamiento pueda realizarse de tal manera que asegure una cobertura eficiente, ni dicha alternativa pueda resolver un problema que rebasa los límites de la medicina para ubicarse en las condiciones de la misma supervivencia y reproducción social del grupo.

Esto no significa, sin embargo, que el problema de la salud quede excluido de las estrategias de supervivencia de la comunidad y del campesinado indígena: más bien hay que considerarlo inscrito en aquellas otras estrategias que actúan de manera más directa sobre las condiciones productivas y de existencia del grupo: el problema de la tierra, del mercado, de la migración, de los servicios. Es la solución de estos otros problemas y el mejoramiento de aquellos factores que marginalizan a los sectores campesinos indígenas (falta de vías de comunicación, falta de servicios) y los que los convierten en sujetos fáciles de explotación, lo que puede repercutir a la larga en las condiciones de salud de dichos grupos sociales.

(8) Esta investigación se realizó en las parroquias de Miguel Egas (Cotacachi), Cangahua *Cayambe), Iluman (Otavalo) e Isinlivi (Pujilí). Los porcentajes sobre las causas prevalentes de mortalidad arrojaron los siguientes resultados:

Esta misma reubicación del problema de la salud, sacado del terreno específicamente médico o asistencial, en el contexto de las otras prácticas sociales del grupo, le devuelve una más correcta y coherente comprensión a la vez de politizarlo no como una reivindicación particular más, sino como parte de una estrategia más global.

LA CULTURA.—

Podría parecer extraño, a primera vista, abordar el tema de la cultura en referencia a las estrategias de supervivencia de la comunidad andina; sin embargo, dos razones justifican la consideración de este aspecto, que ni es exterior ni tampoco puede ser tratado como un elemento más de la existencia de los grupos sociales indígenas que aquí nos ocupa.

En primer lugar, nos referíamos ya antes a esto, en las comunidades andinas no se puede hablar propiamente de una estructura económica, de una estructura simbólico cultural de relaciones familiares y sociales, de una organización de la salud como realidades específicas y estructuras autónomas dentro de ese pequeño sistema social que es el grupo o comunidad andinos. El carácter "primitivo" (opuesto aquí a la modernidad de la sociedad nacional) de la comunidad indígena, hace que todas las prácticas en ella participen de todas las esferas del sistema social, y tengan siempre en mayor o menor proporción un componente económico, político, religioso y familiar. En segundo lugar, e incluso entendida como nivel ideológico (de la superestructura), la cultura con todos sus componentes simbólicos opera como un factor constante de identificación del grupo étnico, a la vez que lo diferencia de la sociedad nacional, y precisamente a través de todas las prácticas sociales que en él tienen lugar.

Por estas dos razones consideramos que la cultura indígena de los grupos andinos puede ser tenida en cuenta como una verdadera estrategia de supervivencia, que el inconsciente colectivo de dichas sociedades reproduce más allá de las simples funciones que cada uno de los objetos de su cultura puede desempeñar de manera aislada.

Si por un lado lo cultural sigue actuando en muchas de las prácticas económicas y relaciones sociales en la forma de un control so-

cial, autoregulando la organización del grupo como un todo, como si fuera realmente el "cemento" de ella, por otro lado sigue proporcionando al grupo la base de una autocomprensión y todavía múltiples contenidos de su identidad étnica.

Ciertamente que el indígena es consciente de su marginalidad socio económica y política, y de un cierto sentimiento de inferioridad respecto de la sociedad blanco—mestiza; pero no es menos real que el indígena tiende a reforzarse en esa su diferencia étnica, y hacer de ella el bastión de una relativa autonomía. Es en estos reductos culturales que la sociedad nacional no ha podido expropiar al indígena, o que han sido respetados en nombre del folklore o de un discurso neoindigenista, donde el campesinado andino encuentra todavía no sólo los recursos morales de supervivencia sino la misma forma o inspiración para continuar sus prácticas productivas, de salud, de parentesco, etc.

Estrategia de supervivencia no es (tan sólo) la conservación en bloque de su cultura; su misma aculturación, la adopción de formas, signos y comportamientos de la sociedad blanco—mestiza no debe ser interpretada como un proceso de adaptación espontánea al grupo dominante de la sociedad nacional; en muchas ocasiones se trata de una aculturación calculada, en la cual la adopción de muchos rasgos de la cultura dominante permiten al indígena encubrir la persistencia más tenaz de aquellos otros tradicionales, muchos más enraizados e importantes en su supervivencia. Incluso muchas formas de la cultura mestiza son adoptadas por el indígena imprimiéndoles una marca y un sentido diferente.

Entre el uso de la lengua quichua y el uso del poncho, las marcas más visibles del cerco que aísla al mismo tiempo que defiende al indígena serrano, un sistema de comportamientos, formas de comunicación, prácticas e instituciones sociales siguen prestando al grupo un ámbito de coherencia simbólica, dentro del cual pueden desarrollarse con más lógica y sentido las otras estrategias de supervivencia, que propiamente no son otras sino que forman desde el punto de vista de sus actores un cuerpo único e indiviso. En la comunidad andina, como en las sociedades primitivas, la ideología y la cultura lejos de situarse en la "superestructura" son determinantes intrínsecos de los niveles económicos y de los factores productivos; la producción y reproducción simbólica es indisociable de la producción de los bienes materiales del grupo y de su reproducción social.

Inconcluso quedaría este capítulo de la cultura como estrategia indígena sin referirnos a un aspecto que además de ser estructural al universo simbólico de aquella representa un elemento determinante en las relaciones interculturales que la sociedad andina mantiene con la sociedad nacional: se trata de la comunicación.

Entendida la comunicación en su aspecto más material o funcional de la lengua, el quichua sigue constituyendo de por sí una distancia y una ruptura en muchos casos insalvables dentro de las relaciones interétnicas. Pero considerada como lenguaje, y como estructura mental que comporta con una lógica diferente también un mundo de valores difícilmente intercambiables, la comunicación aísla al mismo tiempo que defiende al indígena. Frecuentemente a lo largo de trámites administrativos por los que tienen que pasar los indígenas, o incluso en las mismas transacciones comerciales, la conclusión a la que llegan los interlocutores blanco-mestizos es que "el indio no comprende". Una confrontación de dos racionalidades y de dos sistemas de valoración demuestran que el indígena sigue aferrado a su universo cultural y se resiste a aceptar al menos al nivel de los principios y de los valores la lógica de la sociedad dominante. (9)

ESTRATEGIA POLITICA.--

Política fue desde hace más de cinco siglos la cuestión de su supervivencia, y de manera análoga a nuestra anterior interpretación de su cultura, económicas y políticas son siempre todas las estrategias de la comunidad andina. Su modo de producción comunal, sus alianzas matrimoniales y sus fiestas, todo el sistema de sus prácticas a la vez que buscan el mantenimiento de su cohesión interna y de una cierta autonomía se enfrenta a la sociedad nacional, a sus mecanismos de dominación, explotación e integración. Trataremos de ver ahora cómo las estrategias políticas, el mismo debate del poder que está en el centro de ellas, tanto si consideramos la escena de lo político al interno de la comunidad como en las relaciones de ésta con el Estado, en su dinámica más profunda se orientan hacia una supervivencia a veces disputada otras negociada, pero siempre ante la amenaza constante de un proceso de quie-

(9) Cfr. SANCHEZ-PARGA, J. Ecuador Debate No 2. Abril. 1983. Estado y Alfabetización.

bra que pueda ser irreversible.

La organización del poder en la comunidad andina (10) adquiere formas y muy distintas de acuerdo al tipo de comunidad (comunidades paperas de altura, comunidades maiceras, comunas libres o de origen hacendario, más o menos diferenciadas y mestizadas ...) y a los procesos históricos por lo que ha atravesado; pero de manera general se puede sostener que su estructura política interna responde siempre a una determinada naturaleza y configuración de las fuerzas sociales que la componen: o bien son los grupos familiares que convergen en un mismo proyecto productivo común y participan de los mismos intereses, o bien se trata de sectores más diferenciados, que por sus relaciones son capaces de captar una clientela o adhesión intracomunal. En cualquier caso, el gobierno de la comuna representado en el Cabildo o actuando al margen de él como un grupo o grupos de presión, ejerce un poder real en las instancias de decisión y en los procesos de política interna y externa de la comunidad.

Con todo, la autoridad del Cabildo al interno de la comuna sólo se funda en el poder informal que posee su grado de representatividad y las influencias personales de sus miembros o de los grupos que de alguna manera lo integran, de su capacidad de convocatoria; carecen de mecanismos de coerción y de reales posibilidades de sancionar. Estas características de lo político, a pesar de las desventajas que ofrecen para una particular concepción y ejercicio del gobierno, no dejan de conferir a la comunidad andina un carácter más auténticamente democrático y una forma de expresión más original de los intereses comunes.

Este ejercicio del poder comunal, a pesar de las limitaciones externas, condicionadas por los aparatos del Estado, y de los mismos mecanismos políticos de la sociedad dominante, de los distintos espacios de influencia estatales, convierte a la comunidad indígena de la Sierra en un ámbito político de relativa autonomía, que contribuye a reforzar su unidad social y su identidad étnica.

Esta autonomía política, sin embargo, no logra la comunidad sino a través de una ardua pelea a veces, o mediando el conflicto otras. La ingerencia más inmediata de la cual la comuna tiene que preservarse la personifica el Teniente político de la parroquia; perso-

(10) Hemos analizado este tema en un estudio que tiene por título **La estructura del poder en la comunidad andina**, 1982, (mimeo, CAAP).

naje casi siempre nombrado por el Estado, defensor de los intereses de éste, de origen mestizo y cuyos proyectos económicos y políticos casi nunca coinciden con los de las comunidades indígenas. En las Actas de los Cabildos comunales frecuentemente aparecen registradas apelaciones y demandas contra manejos, abusos y exacciones de los Tenientes políticos. Y particularmente en las zonas donde todavía persisten hacendados o medianos propietarios la Tenencia Política sigue siendo un instrumento de dominación de la oligarquía rural. En cualquier caso de presencia del Teniente político en el centro parroquial aparece asociada al sector de los comerciantes y al grupo de autoridades que siguen conformando el Secretario del Registro, el Médico y el Cura.

Dos aparatos estatales poseen —de acuerdo al mismo Estatuto y Ley de Comunas— particulares atribuciones al interior de las comunidades campesinas: el IERAC y el MAG, incluso en conflictos internos referentes a tierras, sus límites y propiedad. Son múltiples los trámites, requerimientos o apelaciones, que los comuneros particularmente o los Cabildos tienen que gestionar en las oficinas cantonales, provinciales o de la capital de estas instituciones. Esta relación con el Estado, muchas veces de orden técnico y otras de carácter político, que habrán de resolverse en los Gobiernos o Prefecturas, ha obligado a que el campesino o los miembros de los Cabildos se fueran avezando como hábiles negociadores con las distintas clases de autoridades. No falta nunca por ello en la conformación de todo Cabildo un personero “letrado” que sepa leer y escribir, al cual encomendar la tramitación de los asuntos de la comunidad. Muchas veces el “letrado” es acompañado por el hábil político, el cual trata y transa en este tipo de relaciones.

La relación con el Estado no siempre es una cuestión de rutina o resultado de eventuales problemas; las mismas políticas de integración y de desarrollo del Estado establecen vínculos cada vez más frecuentes y amplios con las comunidades, al mismo tiempo que inducen en éstas y sus Cabildos nuevas iniciativas, y la aparición de estrategias de desarrollo surgidas de las mismas comunidades. De esta manera ha habido una convergencia entre las políticas de servicios, propuestas por el Estado, y su efecto desencadenante de nuevas demandas y requerimientos por parte de las comunidades (en caminos, agua potable, escuelas, electricidad . . .). Esta fiebre por los servicios que dan la impresión de un cierto desarrollo a los sectores

campesinos viene a compensar —o sustituir— las presiones más fundamentales de éstos por la tierra. al mismo tiempo que abren al Estado un amplísimo espacio clientelar ante los sectores indígenas campesinos, y que sus prácticas de integración de dichos sectores a la sociedad nacional resultan atajados por la misma política de las comunidades.

Esto no significa que una tal relación por muy clientelar que parezca es siempre armoniosa; en algunos casos se resuelve en una negociación no carente de conflictos; y que, en otros, se agudiza en disputa sobre los contenidos o la misma gestión de los programas estatales: sean estos un proyecto de desarrollo, la alfabetización o la simple construcción de una casa comunal.

Aunque resulta muy difícil establecer una generalización, dada la diversidad de situaciones en las que se encuentran las comunidades andinas, se podría aventurar que la relación de éstas con el Estado oscila o se mueve entre dos comportamientos extremos: entre la marginalidad de una total desatención y un asíduo y recíproco cortejamiento. Pero tras ambas actitudes persiste siempre una mutua desconfianza. Los organismos estatales y sus agentes, cuanto más burocratizados peor, ni comprenden ni están seguros de la reacción del indígena, y éste sabe que del Estado puede esperar todo, obtener algunas ventajas, “para eso son los taitas que tienen y sabe dar”, aunque sus problemas de fondo queden sin resolver. Quizás el campesinado indígena ha trasladado la imagen del gamonal al Estado; imagen a veces más saneada otras más distante e impersonal, pero siempre actúa sobre él la representación de un “otro” que tiene el poder y la plata.

Si en su “política exterior” la comuna y sus instancias de autoridad y poder tratan siempre de preservar una cierta autonomía, y ello no sólo frente al Estado sino incluso de aquellas mismas formas organizativas superiores a ella y a las que eventualmente puede articularse (Federaciones, Comités, Sindicatos, Movimientos, etc.), a través de ella buscará mantener un equilibrio entre la libertad de sus posibles iniciativas y los compromisos necesarios para su supervivencia. En su “política interna”, en cambio, la comuna refleja todavía muchas de las características del “gobierno primitivo”. aun en aquellas zonas y comunidades donde el proceso de diferenciación social interna ha ido modificando las mismas estructuras del poder. Con todo, e incluso en estos casos donde

se dan relaciones precarias y asimétricas entre sus miembros, lo político al interior de la comunidad desempeña un papel homogeneizador, tendiente a restablecer los desequilibrios, marcar las desigualdades y suavizar o por lo menos ocultar las diferencias. Este objetivo de su "política interior" no se realiza a través de prácticas o instancias específicas, sino que —como todo lo político en la comunidad— se encuentra difuso a lo largo de las relaciones sociales y de parentesco, de la ritualidad y las fiestas (muy particularmente en la institución de los "cargos"). La búsqueda de la cohesión interna se manifiesta así para la comunidad como una estrategia de supervivencia tan importante como su confrontación con la sociedad blanco-mestiza y el Estado, y como una condición indispensable para emprender aquella con un cierto éxito.

LA COMUNIDAD.—

No abundaremos aquí en el tema de la comunidad más que para concluir insistiendo en la función estructurante que desempeña dentro del sistema de estrategias de supervivencia de los grupos andinos. Indicábamos ya al comienzo de este estudio que las estrategias de supervivencia de la comunidad andina (como en el fondo de cualquier grupo social) debían ser comprendidas como un sistema organizativo de todas las prácticas, e intrínseco a la misma estructura del grupo. Aunque de manera preferente nos hemos referido a la familia campesina, en el análisis de las diferentes estructuras particulares se ha podido ir comprobando cómo la comunidad constituye el soporte y base organizativa de las distintas estrategias. Y en este sentido, volvemos a remitirnos a las primeras páginas, no se debe entender la comunidad como la sumatoria de todas las unidades familiares que la conforman; y más aún que la síntesis representa la condición y el espacio social que hace posible, al mismo tiempo que los particulariza, tanto dichas prácticas como el conjunto de relaciones que les confieren una coherencia interna.

Según esto, la comunidad actúa simultáneamente como condición de posibilidad de tales estrategias de supervivencia, y como el principio estructurante de todas ellas. Y al margen de la cual aquellas carecerían de su eficacia y sentido. Es en base a estos considerandos que se puede hablar de un modo de producción comunal

o de economía campesina comunera en vez de domésticos: así como la comuna es el marco de referencia de las alianzas matrimoniales y lazos de parentesco y de un sistema de salud no-formal. Más importante todavía es considerar la connotación política de la comunidad, en donde el campesinado andino obtiene de manera preferencial sus derechos civiles de comuneros, más casi que de ciudadano del país, y que él suele ejercer con mucha más frecuencia de manera corporativa que a título individual. Se constata ésto, y muy curiosamente, en su participación electoral.

Estas estrategias del campesinado andino, la misma supervivencia de la comunidad, que se desempeñan entre la resistencia y la adaptación, se encuentran ciertamente sujetos a profundas transformaciones: a las que el desarrollo del capitalismo y la modernización del Estado han impreso una pronunciada aceleración. De todas maneras, para seguir comprendiendo la estructura de la comunidad andina a través del sistema de sus estrategias de supervivencia habrá que tener en cuenta siempre esa correspondencia funcional entre el mismo funcionamiento del sistema y la naturaleza de un cierto número de condiciones internas y externas a dicho funcionamiento. Las modificaciones del sistema podrán desarrollar ciertamente contradicciones que serán incompatibles con el mantenimiento de las estructuras esenciales de la comunidad. Ahora bien, no es la invariabilidad de los **elementos** que se articulan en el seno del dicho sistema sino la invariabilidad de las **relaciones** entre ellos lo que puede asegurar la permanencia de las estructuras fundamentales.

Es en tal sentido que se podrá considerar que la comuna y la modalidad adoptada por las relaciones entre todo el sistema de prácticas e instituciones que la integran sigue siendo el criterio para discernir sus procesos de transformación y de permanencia, de resistencia y adaptación: en definitiva, de su supervivencia.

La actual comunidad campesina indígena es el resultado de dos procesos diferentes : el de la organización social tradicional de los grupos andinos, que se remonta a su forma más originaria del ayllu, y el de una delimitación jurídico administrativa de su espacio productivo y social. Este modelo de organización de la comuna, operativa y funcional tanto para las estrategias productivas del grupo como para sus relaciones con el Estado y la socie-

dad nacional, está siendo transcendida por la dinámica del mismo movimiento campesino, y por los nuevos planteamientos de sus luchas y reivindicaciones, que adoptan perspectivas más regionales que locales.

En las actuales circunstancias de desarrollo del capital y de las políticas estatales, las comunidades comienzan a superar las meras relaciones informales y de simple solidaridad entre ellas, presentando formas de organización más amplias y definidas en base a programas y estrategias comunes cada vez más claros. Sin que estos nuevos espacios organizativos (federaciones de comunas, uniones de cabildos, comités comunales, etc.) lleguen a abolir las competencias y eficacias de lo comunal, constituyen una respuesta política más adecuada para reforzar el poder de las comunidades en la convergencia de sus intereses comunes.

La dificultad y el desafío planteado a esta nueva estrategia de supervivencia cifrada en una ampliación de las organizaciones intercomunales consiste principalmente en poder asumir también las estrategias particulares, los diferentes problemas, que conciernen a la supervivencia de cada una de las comunidades y de las familias comuneras.

DESARROLLO RURAL Y ESTRATEGIAS DE SUPERVIVENCIA:

Las estrategias de supervivencia de la comunidad andina de la Sierra enfrentan en la actualidad un nuevo reto de características muy contradictorias, y cuyos efectos a mediano y largo plazo es difícil prever: el desarrollo rural.

No nos referimos aquí al desarrollo en general, que como proceso histórico del sistema capitalista ha influido en las transformaciones sufridas por los sectores campesinos en épocas precedentes sino a esa hora del desarrollo rural que han hecho sonar más recientemente las políticas estatales, proyectos y programas de toda índole. No es este el espacio para discutir el complejo problema y variadísimas implicaciones del desarrollo rural en el Ecuador. Ya se ha hecho con profusión, y todavía hará correr mucha tinta nacional el susodicho problema convertido casi en mito. Nos interesa más bien vertir algunas consideraciones sobre cómo afectan los proyectos y programas de desarrollo rural las estrategias de supervivencia de la comunidad campesina indígena.

“Los pobres del campo”, como muchas veces se autodenominan los campesinos indígenas haciendo referencia a su situación y condiciones de vida, han ido aprendiendo un nuevo discurso hecho de consignas sobre desarrollo y subdesarrollo, de promesas y expectativas. el cual a medida que se interioriza va generando dentro de este sector social nuevas formas de reivindicación y diferentes necesidades, que no dejan de perturbar o influir sus estrategias de supervivencia. El discurso del desarrollo rural llega además a las comunidades campesinas con una serie de contenidos y propuestas, que si en parte van destinados a resolver problemas reales en las condiciones de vida de dichos sectores, no siempre se presentan como las soluciones más adecuadas a las necesidades de fondo, y pocas veces adoptan la forma o metodología más apropiadas para que puedan ser asumidos por sus destinatarios dentro de la lógica de su supervivencia.

El modelo de desarrollo rural si no se reduce a propuestas de servicios o de experiencias productivas, al menos ésta es la percepción que el campesino serrano va adquiriendo de las posibilidades de su propio desarrollo: visión estatal de su marginalidad, diagnóstico inducido de lo que pueden ser las alternativas de solución a los problemas de la agricultura, del campesino y del indígena.

La respuesta campesina al desarrollo rural no se plantea en términos exclusivos y absolutos de tomarlo o dejarlo, sino en la arriesgada aventura de integrarlo como una estrategia más de su supervivencia, adoptando y adaptando aquellos de los componentes que en realidad pueden contribuir a mejorar su situación y posibilidades, y resistiéndose a aquellos otros que podrían repercutir directamente o por sus efectos secundarios en las otras estrategias del grupo. Quizás la gran dificultad del campesinado para emprender las rutas del desarrollo rural y marcar el paso en ellas sea la falta de “integralidad” con que éste se efectúa, y que es precisamente la cualidad al menos tentativa que presentan sus propias estrategias. De ahí la reticencia y desconfianza con las que son resistidas muchas de las inversiones del desarrollo, y la espontánea indiferencia con la que se aceptan otras.

En su forma más esquematizada, y en los casos donde se implementa su paquete de medidas más eficaces, el desarrollo rural aparece como una “transferencia” de recursos, capital, tecnología, etc. Cuando el desarrollo se descuelga así, masivamente, en un sector campesino tiene el doble efecto de sofocar muchas de las estrategias pro-

ductivas y organizativas, y de bloquear las iniciativas y dinámicas endógenas de los grupos. Cuando, por el contrario, el desarrollo se presenta como goteo o aspersión de acciones o concesiones sin una lógica ni continuidad, el resultado puede ser insignificante, o en algunos casos tiene consecuencias disgregadoras o despistantes, haciendo incurrir en falsas vías a las estrategias del campesinado.

Esto no significa que el desarrollo rural, allí sobre todo donde su discurso ideológico ha tomado cuerpo de proyectos y programas en vías de ejecución, o la forma de un anticipo de actividades parciales, no suponga la readecuación de las estructuras productivas de la comunidad y la reorganización de muchas de sus prácticas y relaciones sociales y políticas. El desarrollo rural, con su lógica interna, supone un rediseño del territorio que junto con una delimitación de fronteras y priorización de espacios, impone una nueva orientación a la dinámica productiva y social de las comunidades. Vías de comunicación, riego o el establecimiento de servicios sociales (escuela, centro de salud, casas comunales, etc.) si no inciden directamente en las condiciones de vida más fundamentales de la población, en cambio contribuyen a generar en ella una nueva imagen de su realidad socio económica.

En términos muy simplificados el desarrollo rural se revela al campesinado indígena en patrones urbanos, que tienden a desfigurarlo como campesino y como indígena. Y como indicábamos antes si el modelo ciudadano sólo en reducidísima escala y muy deformado puede trasladarse a los sectores rurales, en cambio actúa como una atracción con visos fascinantes en aquellos sectores condenados a la migración potencial.

Como parte o uno de los más eficaces mecanismos de las políticas de integración del Estado y de penetración del Capital, los desarrollos rurales tienen como resultado el crear las condiciones más apropiadas dentro de los sectores campesinos para que dicha integración económico política se lleve a cabo de la manera más exitosa y menos desarticuladora de los grupos indígenas, de tal modo que la estrategia del desarrollo se acople en la medida de lo posible a las estrategias de supervivencia de dichos grupos: ya sea por la inducción del modelo o por un intento de recuperación de éstas.

Si esta metodología no siempre es correctamente aplicada, el objetivo último del desarrollo rural, en cambio, logra sus efec-

tos parciales y progresivos. Lo que siempre aparece indiscutible es la funcionalidad del modelo de desarrollo rural para el desarrollo mismo del capital y para las políticas de integración del Estado, aunque sea a costa de refuncionalizar las estrategias campesinas. En este sentido el desarrollo se manifiesta como un medio, no como un fin, a través del cual el campesino es instrumentalizado.

Pero prescindiendo de este factor límite, al campesinado indígena el desarrollo rural le ha abierto un nuevo frente de lucha y hasta se podría decir nuevas modalidades de lucha. La pelea contra el gamonal o por la tierra, aunque no zanjada ni abolida, ha cedido el paso a la disputa por los servicios, a las negociaciones sobre los términos del desarrollo, a la tramitación de las reivindicaciones, a formas de movilización más corporativas que a veces se cubren con enunciados culturalistas.

En todos estos rubros, que de alguna manera conciernen a su supervivencia, el campesinado indígena ha desplegado estrategias cada vez más políticas en sus contenidos y formas, las cuales aunque ni siempre ni de manera directa reporten mejoras sustanciales a sus condiciones de vida, sí constituyen un trabajo de concientización. Por él el campesinado ha ido abandonando su secular replegamiento sobre el grupo familiar o la comunidad, para abrirse a la realidad regional y nacional. Sus estrategias, aun estando todavía muy localizadas y dirigidas a los espacios más inmediatos socio productivos, van adquiriendo una perspectiva y alcances más amplios.

Al final cabe formularse la pregunta si el campesinado indígena sigue el ritmo tras el desarrollo rural. Con vaga intuición los sectores más marginados y tradicionales, con mayor clarividencia aquellos más modernos y politizados, todos parecen comprender que la superación de sus condiciones de subdesarrollo no radica tanto en algo intrínseco a su realidad agrícola, campesina e indígena, sino más bien a la realidad de la sociedad nacional y del sistema capitalista. Es la estructura y funcionamiento de estos dos factores los que determinan los límites y posibilidades del desarrollo rural y del campesinado indígena; los que más bien siguen actuando en su subdesarrollo. Un ejemplo claro de ellos es el fenómeno de la comercialización, donde chocan o a donde no llegan las posibilidades del desarrollo rural.

Ante esta frontera insalvable, y aun respondiendo a las solicitudes del desarrollo rural el campesino de los Andes parece seguir conservando, a veces como una reserva de emergencia, sus tradicionales estrategias; las más seguras y menos arriesgadas, pero las que le garantizan ese mínimo de supervivencia al que está secularmente acostumbrado. Este elemento tan incrustado en el comportamiento del campesino, el de la mayor seguridad y el mínimo riesgo, es el que a veces compromete o el que revela en otras la lógica de la resistencia campesina al desarrollo rural. La precariedad del sector campesino imprime a todas sus estrategias de un comportamiento o principio operativo común: el de la mayor seguridad. Esta hace que el campesino aparezca a los ojos del desarrollo como “conservador”. Su miedo al cambio no está dictado, tan sólo, por la desconfianza sino por la fragilidad en la que vive. En sus estrategias de supervivencia siempre parece encontrar recursos supletorios o compensatorios mientras que de aquellos que le ofrece el desarrollo no siempre conoce los mecanismos para reparar las falencias o reacomodar las imprevistas limitaciones o riesgos.

conclusión

Con este capítulo introductorio hemos querido ensayar una aproximación al concepto de “estrategias de supervivencia”, el cual sin embargo no dejará de ser susceptible de ulteriores y más precisas definiciones. Indirectamente hemos puesto en claro en los análisis anteriores a qué tipo de sectores sociales es aplicable y qué prácticas económico sociales puede recubrir.

En el caso concreto del campesinado andino dichas estrategias de supervivencia se refieren a aquellos grupos, comunidades o unidades domésticas, que incapaces de reproducirse únicamente en base a la producción agrícola (su autoconsumo y comercialización) recurren a diferentes actividades y espacios económicos para complementar su modo de producción campesino.

Nos interesa resaltar en esta conclusión que las estrategias de supervivencia del campesinado andino se encuentran organizadas dentro de lo que podríamos denominar su racionalidad productiva y socio-económica, la que planifica un mayor rendimiento de su fuerza de trabajo y una continua evaluación de él. Dentro de esta racionalidad campesina el recurso tierra y las posibilidades de su utilización condicionan los diferentes y aun variados comportamientos económicos del campesinado; dicha racionalidad les confiere coherencia, los selecciona y jerarquiza, y es lo que los convierte en aquellos precisos mecanismos que permiten al campesino sobrevivir como campesino —y aun como indígena— a corto o a largo plazo.

Es importante por ello considerar el concepto de “estrategias de supervivencia” como las formas que en determinadas circunstancias y condiciones adopta la racionalidad campesina, y cómo dicha racionalidad adecua y funcionaliza los diferentes recursos tanto de su modo propio de producción como del sistema capitalista dentro de una lógica de supervivencia campesina.